

Cueva sepulcral de El Cabás (Santa María, Mallorca)

por Manuel Maura y Salas

INTRODUCCIÓN

Cueva sepulcral de El Cabás (Santa María, Mallorca)

por MANUEL MAURA Y SALAS

El descubrimiento de esta cueva sepulcral, situada en el término municipal de Santa María, Mallorca, se produjo el día 15 de mayo de 1952, al ser descubierta por los señores Manuel Maura y Salas y Juan María Salas, al estar buscando un lugar para enterrar a un familiar. La cueva se encuentra a unos 200 metros del mar y a unos 500 metros del pueblo. El acceso a la cueva se realiza por un camino que se encuentra a unos 200 metros del mar y a unos 500 metros del pueblo. La cueva tiene una longitud de unos 10 metros y una anchura de unos 5 metros. En el interior de la cueva se encuentran unos 10 sepulcros de diferentes formas y tamaños. Los sepulcros están hechos de piedra y algunos de ellos tienen inscripciones. La cueva fue descubierta por los señores Manuel Maura y Salas y Juan María Salas, al estar buscando un lugar para enterrar a un familiar. El descubrimiento de esta cueva sepulcral es de gran importancia para el estudio de la arqueología y la historia de Mallorca.

DESCRIPCIÓN

Esta cueva se encuentra en un lugar muy tranquilo y apartado del mundo exterior. El acceso a la cueva se realiza por un camino que se encuentra a unos 200 metros del mar y a unos 500 metros del pueblo. La cueva tiene una longitud de unos 10 metros y una anchura de unos 5 metros. En el interior de la cueva se encuentran unos 10 sepulcros de diferentes formas y tamaños. Los sepulcros están hechos de piedra y algunos de ellos tienen inscripciones. La cueva fue descubierta por los señores Manuel Maura y Salas y Juan María Salas, al estar buscando un lugar para enterrar a un familiar. El descubrimiento de esta cueva sepulcral es de gran importancia para el estudio de la arqueología y la historia de Mallorca.

Cueva sepulcral de El Cabás (Santa María, Mallorca)

por MANUEL MAURA Y SALAS

HALLAZGO

A principios del año 1903, en un predio denominado El Cabás, situado en el término municipal de Santa María, en la isla de Mallorca, unos obreros que extraían grava de un hoyo, ya de grandes dimensiones por hacer tiempo que allí se verificaba dicha operación, se vieron sorprendidos por el hundimiento de un trozo de la pared al ser atacada por los picos, dejando al descubierto una estrecha abertura por donde pudieron entrever una cueva de regulares dimensiones. Ensanchado el boquete trocóse la curiosidad en temor al advertir que en dicha cueva, a flor de superficie del suelo, y simétricamente alineados, se encontraban unos treinta esqueletos en buen estado de conservación, rodeados de vasijas de barro, intactas unas y otras en fragmentos. Dieron aviso del hallazgo a los dueños de la finca (próximos allegados del que esto escribe) y a las autoridades; no hubo intervención oficial alguna, y extraídas las vasijas que se ofrecían intactas, en número de unas veinte, se hizo una ligera exploración para hallar la primitiva entrada, y conseguido esto sin gran dificultad se abandonó aquello a su suerte, encargándose de su custodia el supersticioso temor que a aquellas rústicas gentes inspiraba la naturaleza del hallazgo, y quedando a salvo por dicha causa de nuevas profanaciones, hasta que la coincidencia de poder disponer de unos días de vacaciones en el mes de septiembre de 1933 en aquella región me permitió verificar el estudio y descombro de dicha sepultura, con los resultados que a continuación he de exponer.

ESTUDIO

Está situada dicha cueva a unos 200 metros de la casa de labor del predio citado, en la ladera, de muy escasa pendiente, de un montículo con vegetación de lentiscos, algarrobos, pinos y olivos. Forman esa pequeña eminencia grandes masas de roca calcárea, que afloran a la superficie entre franjas de tierra (lám. II, fig. 1). La entrada primitiva aparecía en el momento de iniciar los

trabajos cerrada todavía por una losa de piedra muy toscamente tallada, de forma trapezoidal (lám. II, fig. 2).

A unos 40 centímetros del arco de entrada se abre, en el techo de lo que llamaremos corredor de acceso a la cámara sepulcral, un pozo ovalado de 1,90 de largo por 1,10 de ancho, pozo que fué vaciado cuando los primeros trabajos de exploración del año 1903, al tratarse de encontrar la primitiva, entrada y que desde aquella fecha ha permanecido abierto. (Véase el croquis de la cueva, lám. I.) Por él, y por el boquete que dió lugar al hallazgo, había estado el interior de la cueva en contacto con el exterior, con las naturales y funestas consecuencias no sólo de haberse descompuesto y pulverizado casi por completo los huesos, que si habían permanecido intactos durante milenios era por haber estado totalmente al abrigo de los agentes atmosféricos, sino también de haberse ido depositando en el interior buena cantidad de piedras y tierra que casi obstruían la entrada y se mezclaban con el material arqueológico (lám. III, fig. 2, y lám. IV). Hubo, pues, que empezar por proceder a la limpieza del pozo y a descombrar éste y el orificio de entrada del corredor a la cueva, hasta restituir éstos a su primitiva forma y dimensiones. Separada esa primera capa constituída por los arrastres y fácilmente discernible por su distinta formación, apareció la cueva con el suelo recubierto de una capa de un polvo sumamente fino, originado no sólo por la descomposición de los huesos al calcinarse en contacto con el aire exterior, sino también por la de las paredes de la cueva excavada artificialmente en una piedra caliza muy blanda, donde todavía se aprecian perfectamente las huellas de los útiles que sirvieron para efectuar dicho trabajo.

Apenas recubiertos por dicho polvo se advertían numerosos fragmentos de cerámica y huesos humanos aún no descompuestos, singularmente huesos largos, correspondientes a las extremidades. Se veían las huellas de la anterior exploración, que efectuada sin aquellas precauciones que un estudio cuidadoso y eficaz aconseja, había removido todo, haciendo imposible la determinación de la orientación de los esqueletos, distribución de la cerámica, etc., etc. Tuve, pues, que limitarme a vaciar la cueva de esa tierra suelta, cribándola cuidadosamente en el exterior y separando todos los fragmentos de cerámica, abundantísimos, como queda dicho, y que permitirán la reconstrucción de buen número de vasos. En el primer día de los trabajos tuve la suerte de encontrar un pequeño vaso (núm. 7 de la lám. VI), análogo a otros que ya obraban en mi poder procedentes de la exploración de 1903.

El segundo día se llevó a efecto el total vaciado de la capa de polvo, huesos y cerámica, encontrándose muy cerca del boquete por donde se verificó el descubrimiento (véase el plano), y debajo de un montón de piedras que procedentes de dicha abertura se habían ido acumulando, un trozo de puñal, al parecer de cobre — falta determinar por medio de análisis su composición—. Se encontraba dicho fragmento al lado de unas piedras toscamente talladas a modo de largueros, lo que nos hizo presumir que se trataría de una sepultura tallada en el suelo de la cueva, y como es natural, en un nivel más bajo que el mismo; esta suposición fué plenamente confirmada el último día de los traba-

jos, pues vaciada por completo esa parte de la cueva se puso al descubierto una tumba rectangular, que al parecer sólo había contenido un cuerpo, a pesar de sus grandes dimensiones (5,50 metros de larga por uno de ancha), pues sólo se encontraron fragmentos de un cráneo situados en la parte correspondiente al fondo de la cueva; cerca del mismo se halló un nuevo puñal (lám. VII), de idéntica forma y materia que el fragmento encontrado el día anterior, pero éste completo, pues aun cuando la punta está quebrada fué hallado también el trozo, sin que una minuciosa rebusca diera por resultado el descubrimiento de nuevos objetos, salvo una pequeña vasija de un tipo parecido a la del número 3 de la lámina VI, pero de dimensiones mucho más reducidas, lo cual hace suponer pertenecería al esqueleto de un niño, y seguramente no debió figurar en el mismo nivel que el de la sepultura central, sino que allí fué a parar al ser removidas las capas en 1903, escapando por sus pequeñas dimensiones a la rebusca de entonces.

Con ello, reducida a sus primitivas dimensiones y forma la cueva, obtuve las fotografías del interior para su comparación con las que hice antes de empezar los trabajos (lám. V), y levanté el croquis de los planos y secciones que a este trabajo acompañan. Se restituyeron en parte los huesos y se tomaron algunas precauciones para impedir que la cueva fuese profanada o, como había ocurrido la víspera, se viese invadida por el agua de lluvia.

MATERIAL

Como he indicado ya éste ha sido muy abundante, y ofrece el singular interés de haber llegado a nosotros en condiciones de conservación poco frecuentes, debido a la naturaleza del terreno y a haberse mantenido la cueva herméticamente cerrada sin grietas ni resquicios que diesen paso a los agentes atmosféricos. Pasan de veinte los vasos intactos recogidos, y los fragmentos encontrados permitirán en buenas condiciones la reconstrucción de otros tantos.

Esta cerámica está constituida por barro cocido sin horno, como lo demuestra la distinta coloración que se ofrece en un mismo vaso, debida a la irregular distribución de la llama en el momento de la cocción. La pasta es bastante fina y el modelado cuidadoso, hecho a mano y sin torno, a pesar de lo cual resultan formas no exentas de elegancia y de bastante simetría. La forma predominante es la hemisférica, y en algunos casos sin reborde alguno (número 2 de la lám. VI); en otros con un reborde y con o sin asas (núms. 3 y 1 de la lámina VI); siendo de advertir que en aquellos vasos en que no figuran éstas existen generalmente unos «mamelones» obtenidos como las asas, comprimiendo la masa y pellizcando la misma entre los dedos; las asas generalmente llevan un pequeño taladro, que debió servir para pasar por las mismas algún cordel para poder suspender las vasijas. Abundan también los vasos en forma

de taza (núms. 5, 6, 7 y 8 de la lám. VI); suelen ser éstos de construcción más tosca y de paredes más gruesas; según me indicaron testigos del anterior estudio correspondían a esqueletos de niño, y en ellos se aprecian también los «mamelones» ya indicados, cuya finalidad no es fácil determinar, a no ser que sirviesen como punto de apoyo de los dedos para evitar que se escurriese la vasija. Entre las vasijas de esta última forma debo hacer especial mención de una, de que hizo donación mi difunto padre al Museo Arqueológico Nacional, la cual lleva un pitorro perforado en comunicación con el interior del vaso, a modo del moderno «pistero». Por haberse encontrado cerca del esqueleto de un niño se le asignó en 1903 el oficio de biberón, hipótesis nada inverosímil y que de ser cierta daría notable importancia al hallazgo, pues es el primer ejemplar de que tengo noticia que se haya hallado en las Baleares.

Para poder hacer el estudio completo es fuerza esperar a que se haya efectuado la reconstrucción de los fragmentos recogidos, y que he donado al Museo Municipal de Prehistoria de Madrid, pues existen entre ellos formas nuevas y distintas, que habrán de ser objeto de un nuevo trabajo que abarcará todos ellos. A los efectos de esta Memoria creo suficiente lo indicado y los gráficos que se acompañan.

El resto del ajuar lo componen, como se ha dicho, el fragmento de puñal y el puñal entero encontrados en la tumba central. Mide este último 16 centímetros de largo por tres y medio en su base; es de forma muy alargada y estaba sujeto al mango por medio de cuatro agujeros, por donde debían pasar clavos o remaches, que han desaparecido (lám. VII). La hoja es muy fina y su máximo espesor en el centro no excede de milímetro y medio; no ofrece dibujo ni relieve alguno, y corresponde a un tipo muy primitivo. El fragmento es de idéntica materia y fabricación, hasta el punto de parecer fundido en el mismo molde.

CONCLUSIONES

Corresponde dicha cueva, como tantas que en Mallorca se han descubierto, a la cultura argárica, que es en definitiva una prolongación de la cultura almeriense (tipos: Orihuela, Callosa, etc.), según el profesor Bosch y Gimpera. Es ésta la primera cultura de que se tiene noticias en las Baleares, y llega a ellas con gran retraso en relación con la península, siendo difícil determinar exactamente su cronología dentro de la edad del bronce, si bien parece corresponder a un período ya tardío de dicho metal en la península. Esta cultura argárica ofrece en las Baleares una característica especial, que hace resaltar el citado autor, y que consiste precisamente en las cuevas artificiales del tipo de la que estudiamos, que faltan en España en dicho período, y que puede ser debida a una influencia de la cultura de Cerdeña, demostrándose con ello que ya en aquella época estaban sometidas las islas a contrapuestas influencias, siquiera las de la península, por su mayor proximidad, fueran más decisivas.

Por la disposición de sus dos entradas, y reconstituyendo por medio del relato de testigos presenciales su estado en el momento del descubrimiento, me inclino a creer que dicha cueva fué excavada para sepultura de algún jefe, y a cumplir dicha finalidad estaba destinada la tumba central, cuyo ajuar indudable estaba constituido por los dos puñales. No debió existir entonces más entrada que la que en el plano llamo «primitiva»; entrada muy angosta y difícil, máxime si por ella ha de introducirse un cadáver, lo que a duras penas puede realizarse. Esa entrada primitiva, una vez efectuada la inhumación, se cerró por medio de la losa ya descrita, rellenándose el pozo de acceso a la misma. Tiempo después, pero dentro de la misma cultura, bien porque alguna epidemia exigiese disponer de un sepulcro colectivo con toda rapidez, o porque desaparecido el respeto que el sepultado mereciese se quiso aprovechar aquella excavación, vuelve a utilizarse la cueva, y ante las dificultades del acceso a la cámara, de poca importancia en una sola inhumación, de mucha cuando de varios enterramientos se trata, se abre en el corredor de acceso un segundo pozo, que corresponde al ensanchamiento de dicho corredor en su enlace con la cueva propiamente dicha, facilitándose así la utilización y colocándose los cuerpos, no en el sentido del eje mayor de la concavidad (en dirección aproximada de N. a S.), sino perpendiculares al mismo, en número de unos treinta, entre los que figuraban mujeres y niños, correspondiendo a cada esqueleto una o varias vasijas, siendo de notar que las de pequeñas dimensiones, que no son más que una reducción de las grandes, correspondían a esqueletos de niños. Una vez llena la tumba se procedería a rellenar con tierra y piedras el pozo del corredor, asegurando así su inviolabilidad. De haberse podido efectuar el estudio en mejores condiciones, esta hipótesis hubiese sido fácilmente comprobable por medio del nivel de los hallazgos; pero habiendo sido removidas anteriormente las capas que corresponden a uno y otro enterramiento y destruídos los niveles, con la natural confusión de huesos y objetos (facilitada por la tenuidad del polvo y su poca consistencia), no puede apoyarse más que en lo que dicho queda.

PARALELOS

Varias han sido las sepulturas de tipo análogo y con igual material encontradas en Mallorca. Como más notables, y al solo efecto de establecer su comparación, debo citar la cueva de sa Garriga de ses Comes, cerca de La Puebla, excavada en arenisca, y en la cual se hallaron algunos huesos humanos y trozos de cerámica que permitieron la reconstitución de una vasija de tipo muy parecido a la del número 3, lámina I. Otras son las del Huerto del Moro (Alicudia), de Rotger (Lloseta), de Son Currelles (Portol), de Son Suñer y Son Oms (cerca de Palma), del Puig y del Rafal (Santa Eugenia), y las del Aguila y el Pedregal (Lluchmayor). La mayoría de ellas han sido utilizadas en tiempos históricos y no ha sido posible encontrar su ajuar, circunstancia que única-

mente se ha dado en la de La Mola (Felanitx), descubierta en el 1900, donde fué encontrado un puñal de cobre y algunos vasos toscos de barro, y en la de Son Suñer, donde fueron halladas cuatro vasijas intactas.

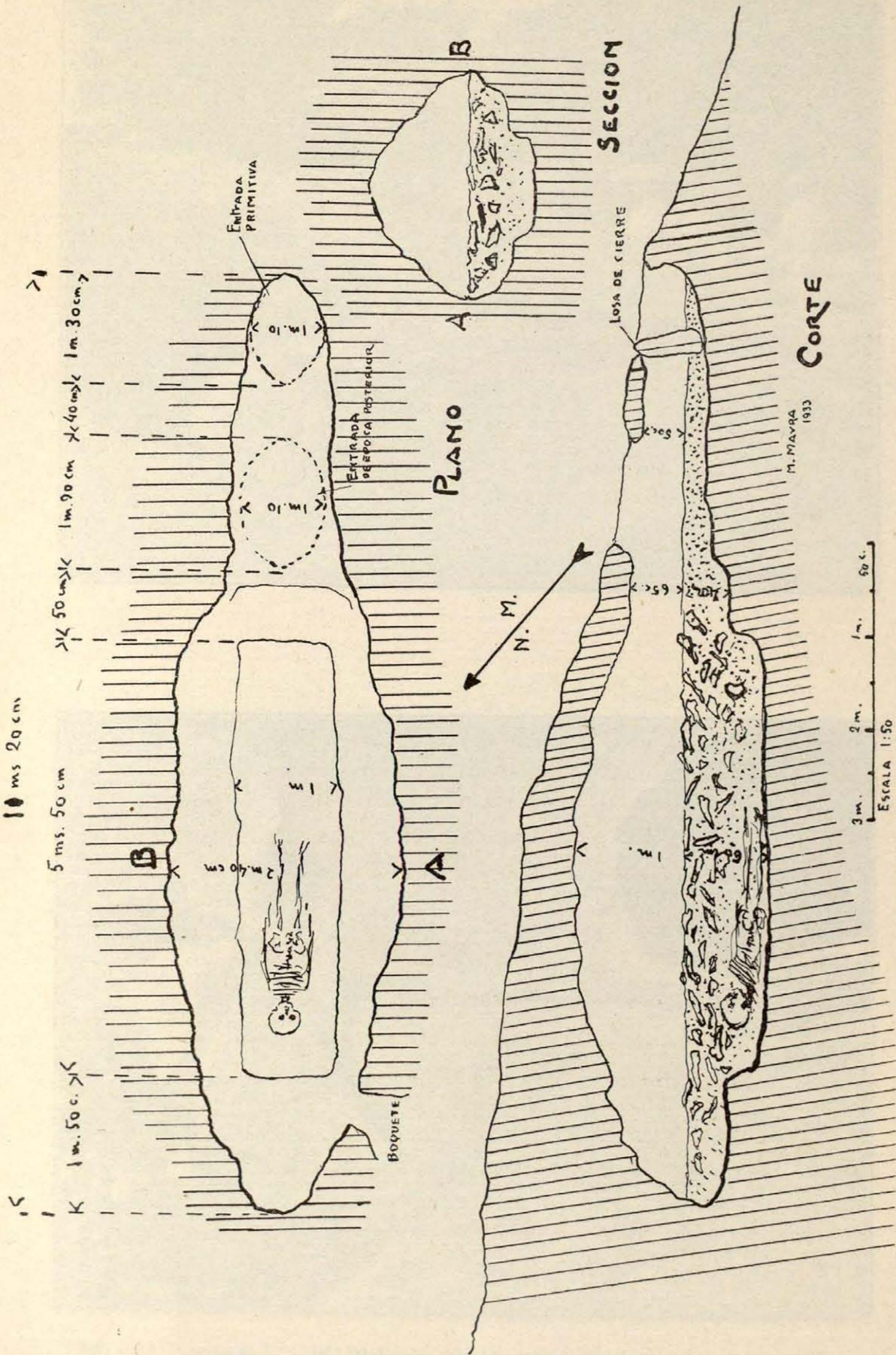
Material igual al de la cueva que motiva estas notas se ha encontrado en la cueva de Vernissa (Santa Margarita), donde, además de cerámica de formas correspondientes a los números 1 y 6 de la lámina I, se encontró un puñal de cobre de dimensiones y tipo muy semejantes al de El Cabás; también fué descubierta cerámica idéntica en la cueva de Ca S'Hereu (Lluchmayor), singularmente de los tipos números 3, 1, 6 y 5 de la lámina I (1). Estas dos cuevas últimamente citadas son naturales y fueron aprovechadas para enterramientos.

Todas ellas han sido estudiadas y publicadas por el Institut d'Estudis Catalans (2).

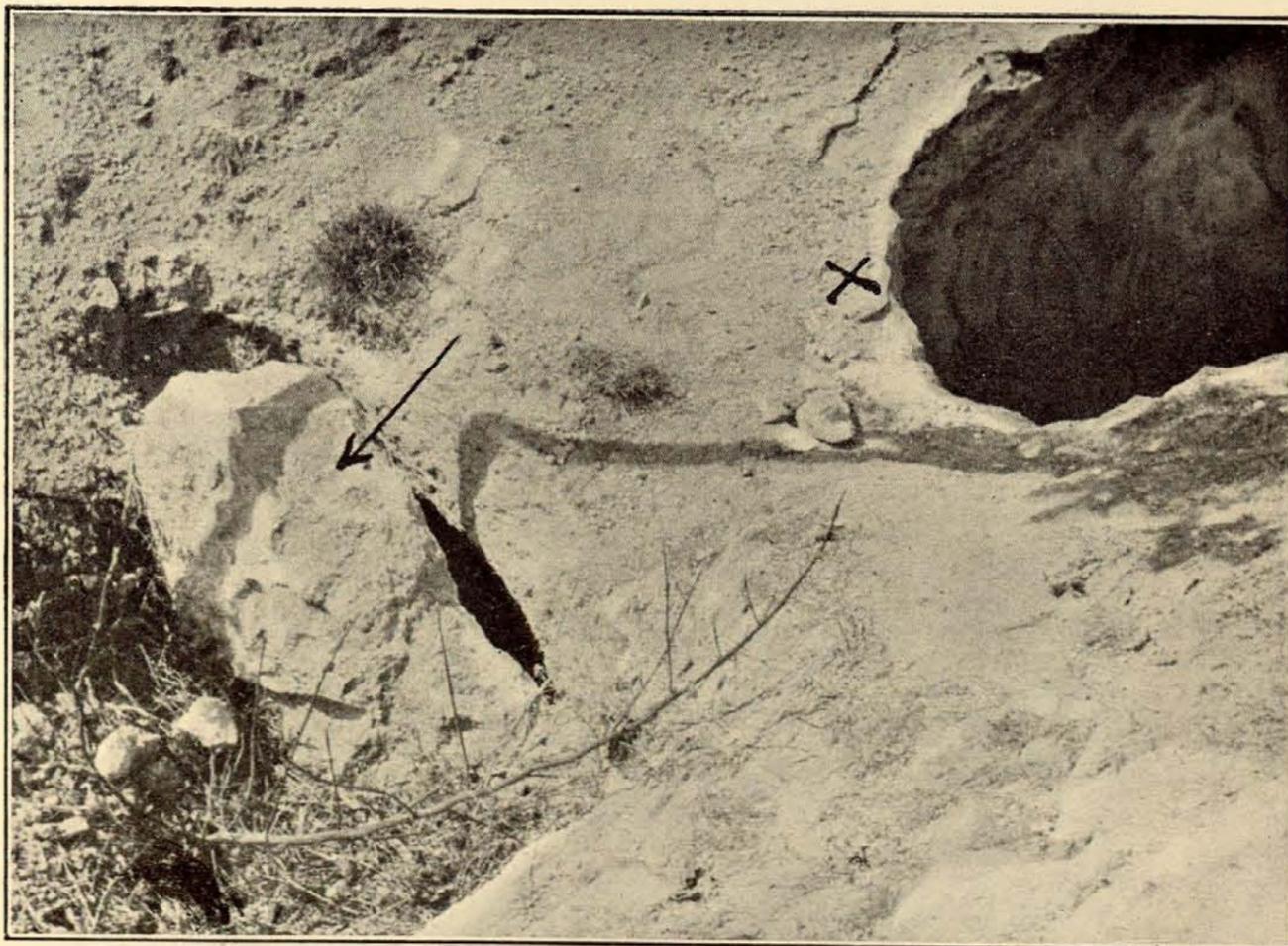
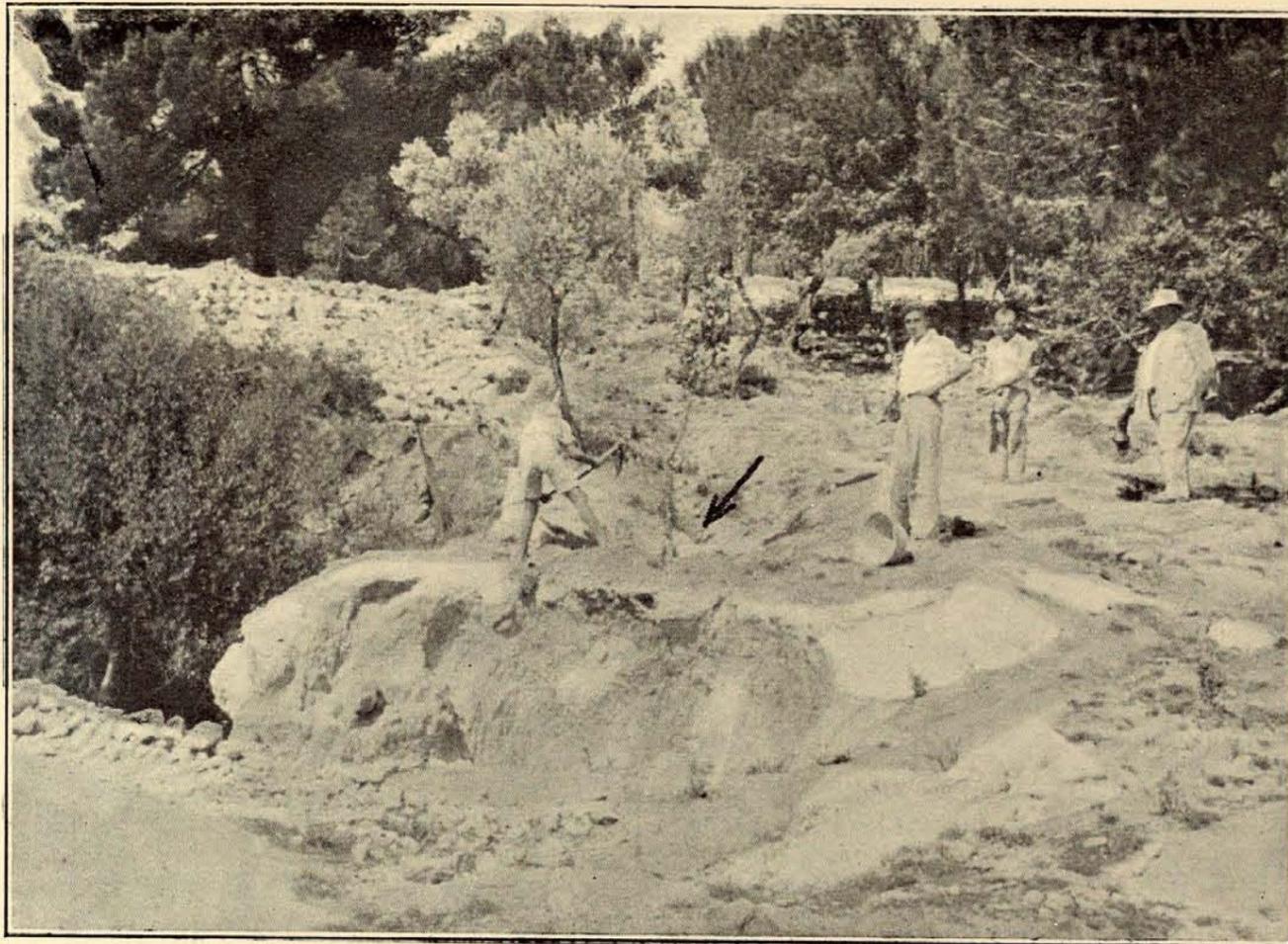
La aplicación de modernos métodos de investigación y el interés que esta clase de estudios ha ido despertando en nuestra patria, hacen suponer que nuevos hallazgos vengan a aportar datos y soluciones más concretas a los problemas que plantea el estudio del argárico balear; el deseo de colaborar, siquiera en muy modesta escala, a ese estudio me ha llevado a publicar este trabajo, que por las circunstancias del hallazgo puede suplir con el interés de éste el que a la narración le falte.

(1) Dr. P. Bosch Gimpera: *Etnología de la Península ibérica*. Barcelona, 1932.

(2) *Anuari del Institut d'Estudis Catalans*, 1915-20.



Croquis de la cueva de El Cabás.



Figs. 1 y 2. —Cueva de El Cabás (Mallorca). Flecha, entrada primitiva; cruz, pozo posterior.



Fig. 1.—Plano de situación de la cueva de El Cabás.

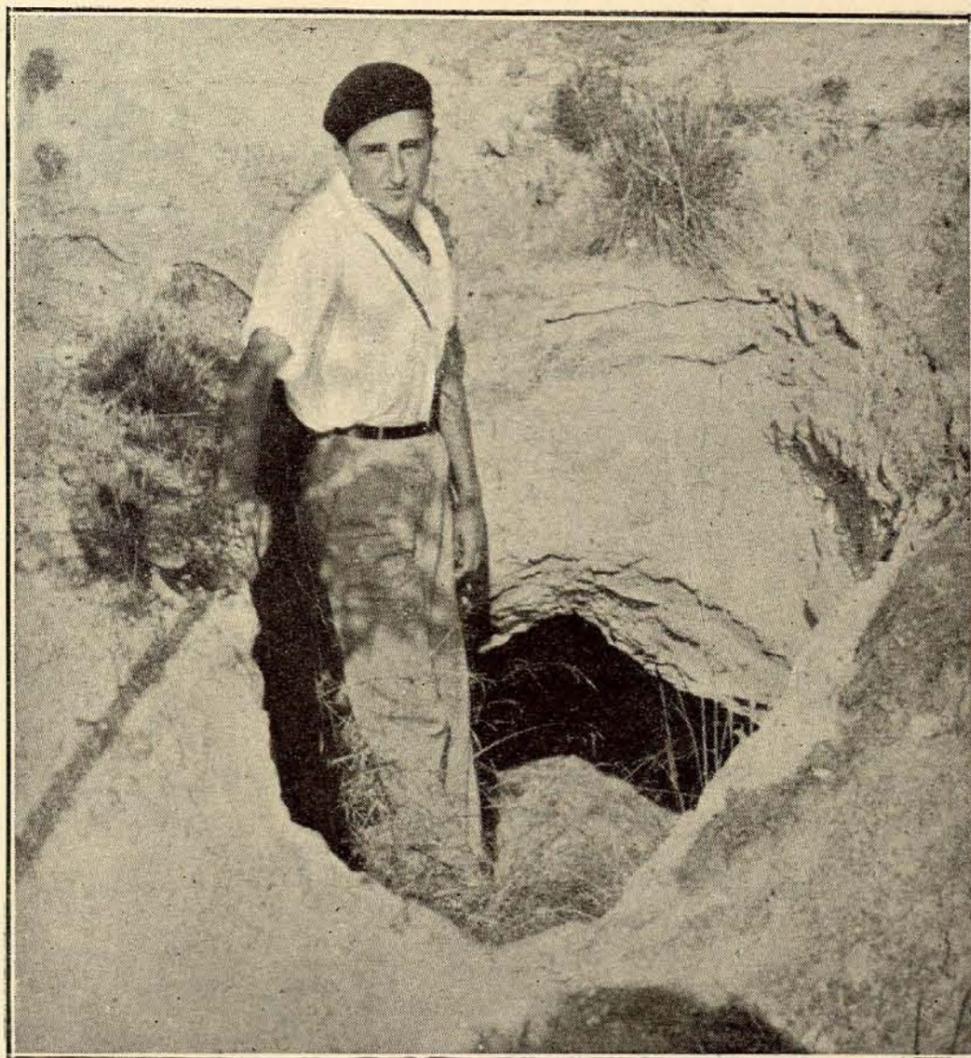


Fig. 2.

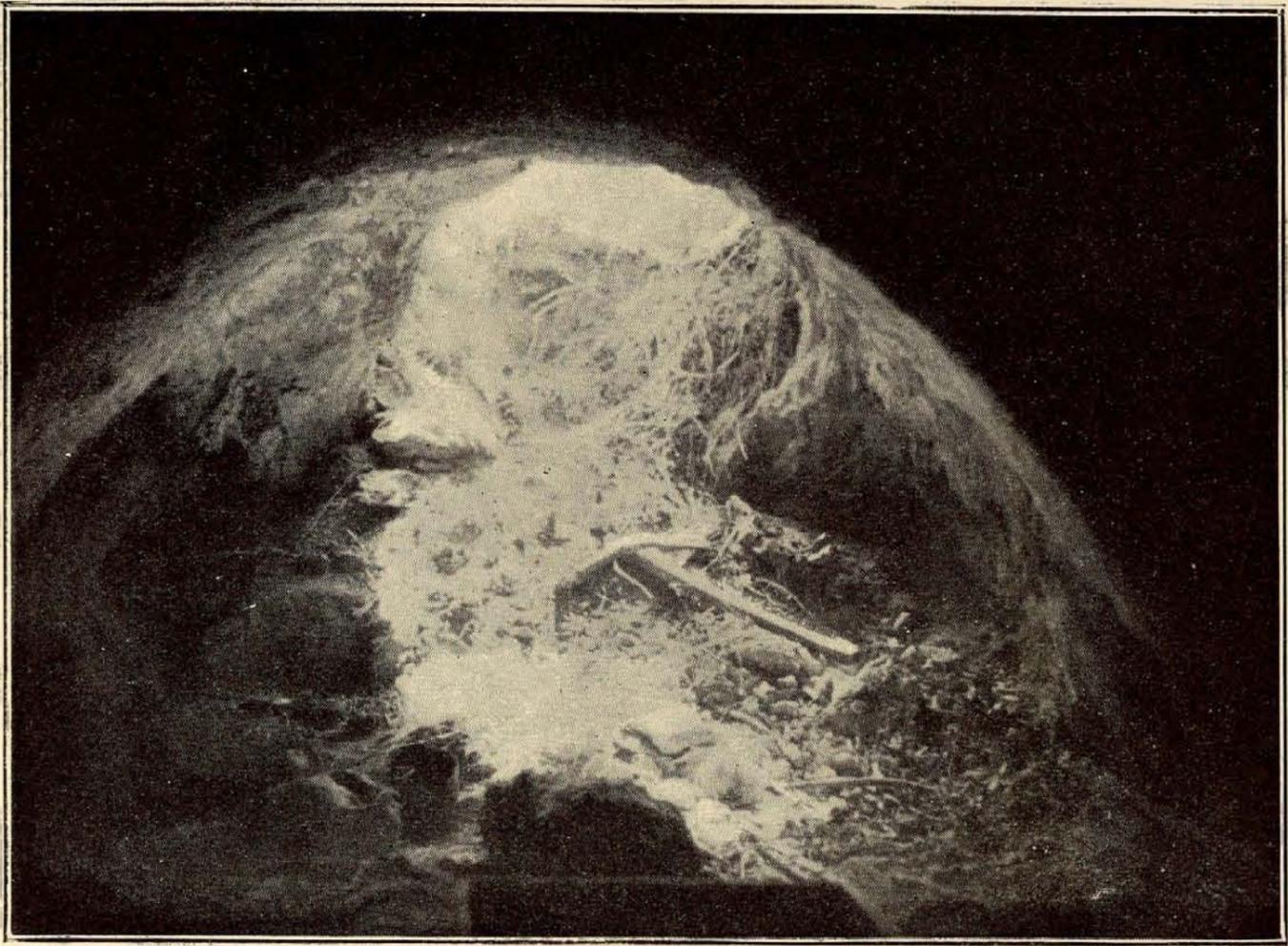


Fig. 1.

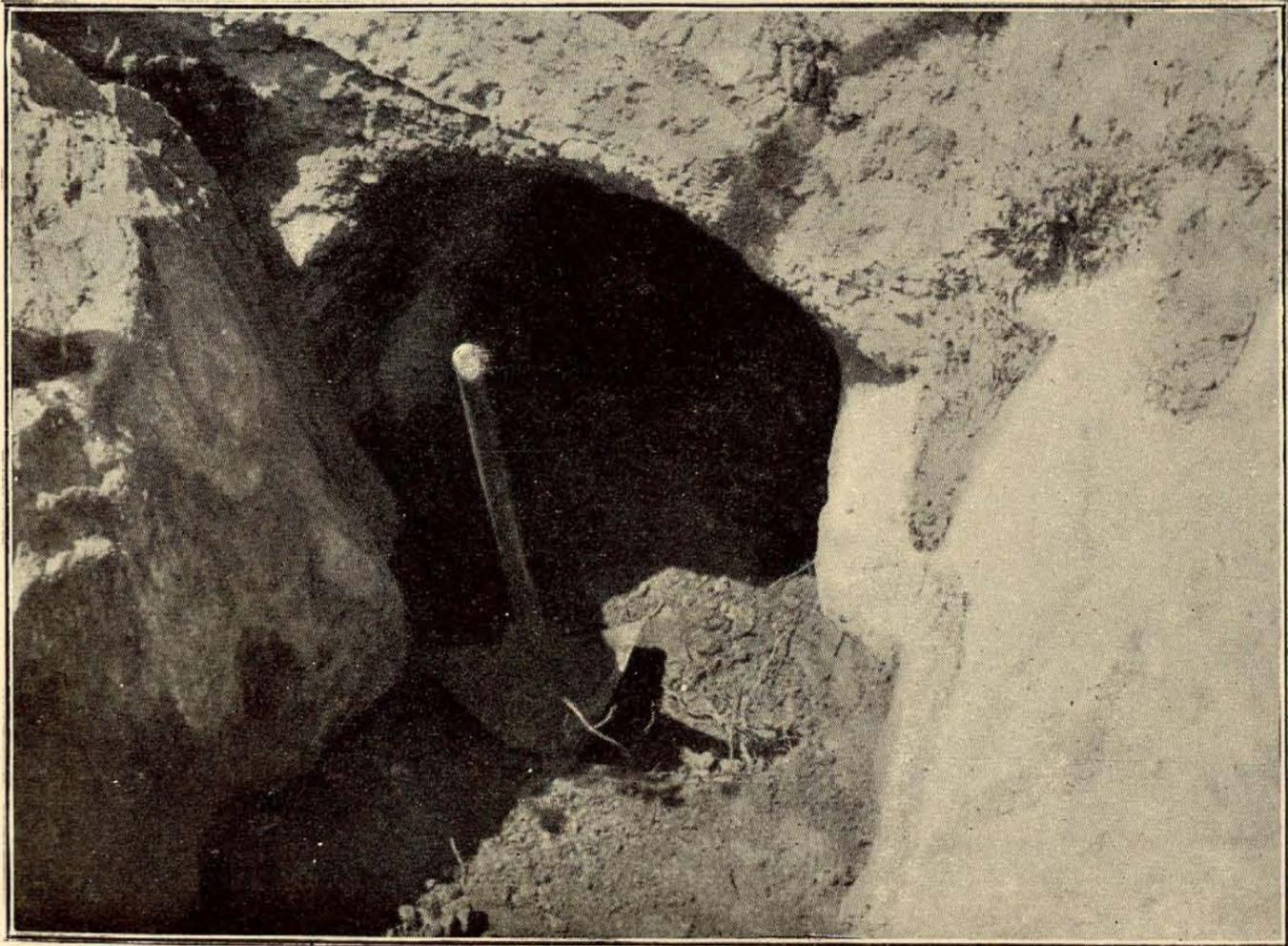


Fig. 2.

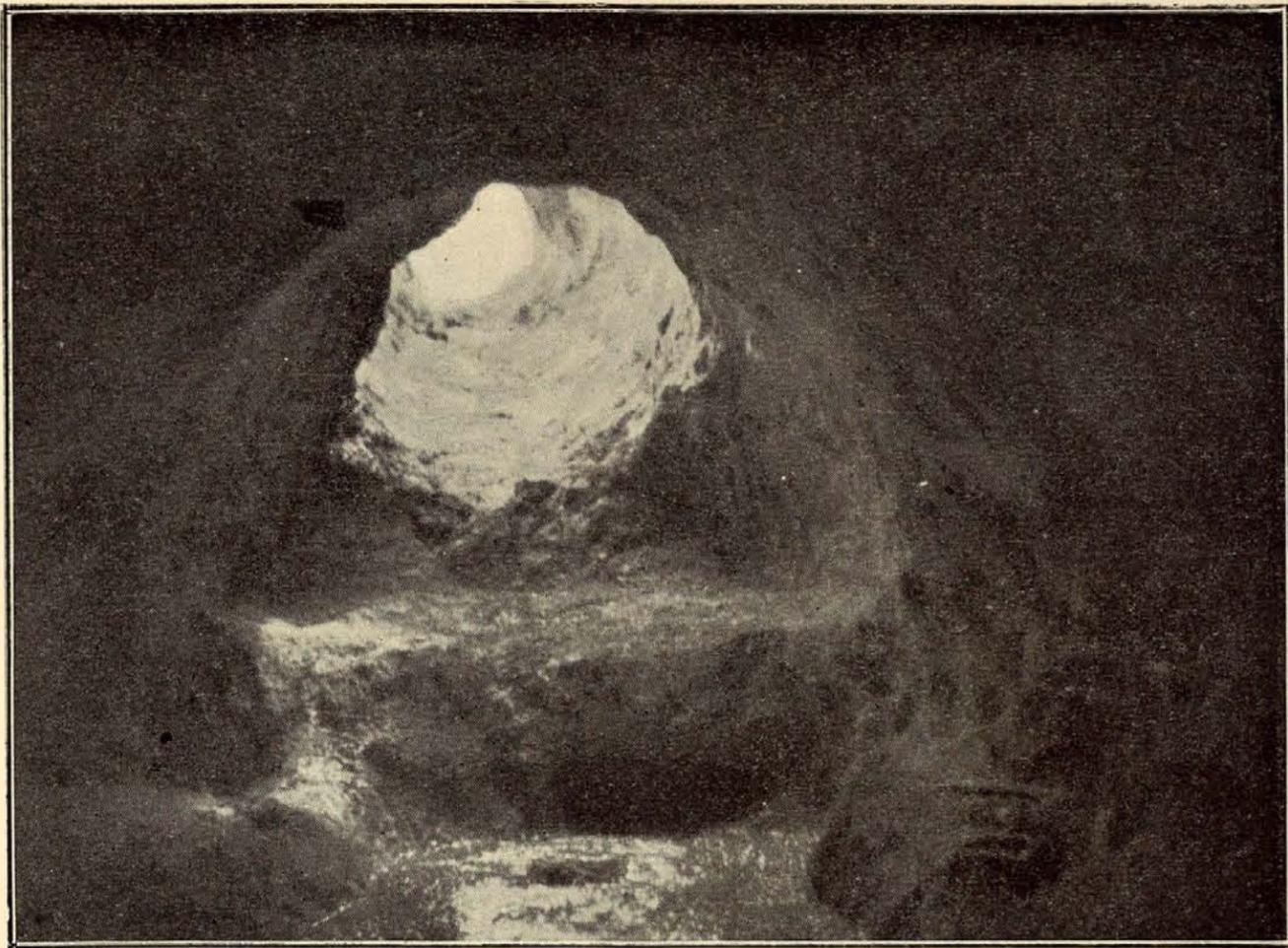


Fig. 1.

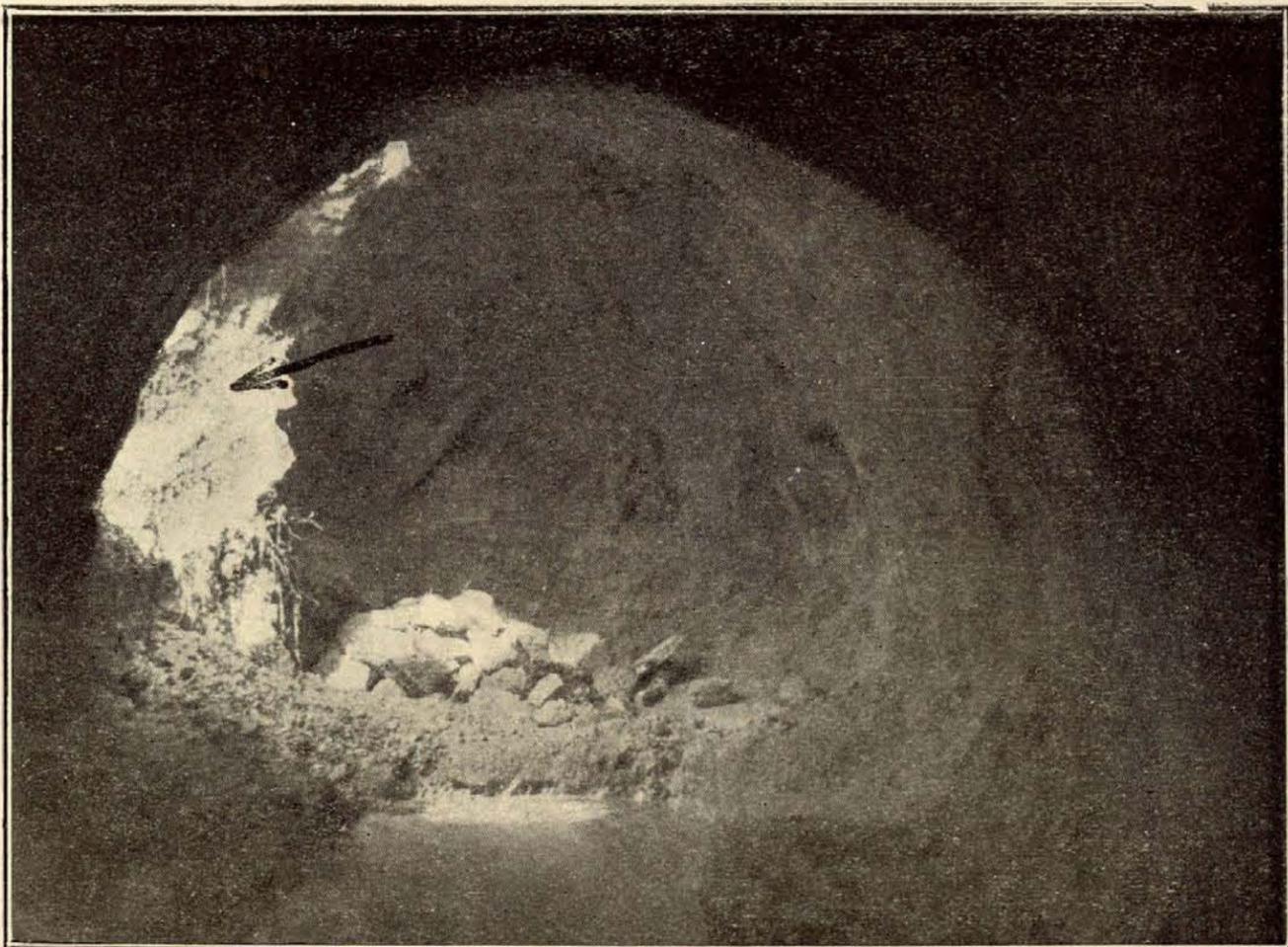
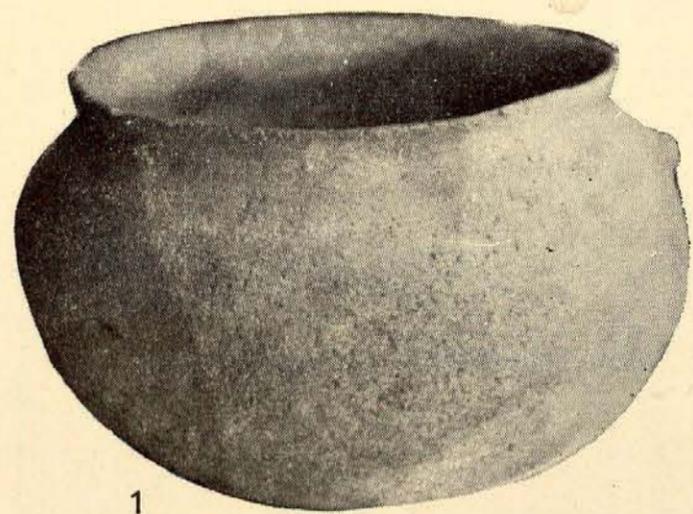
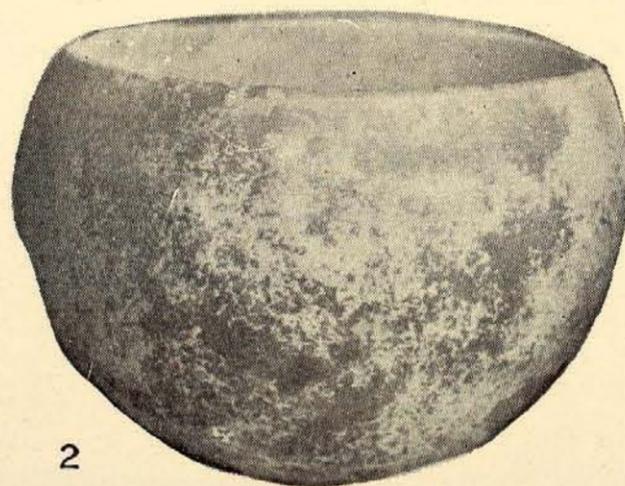


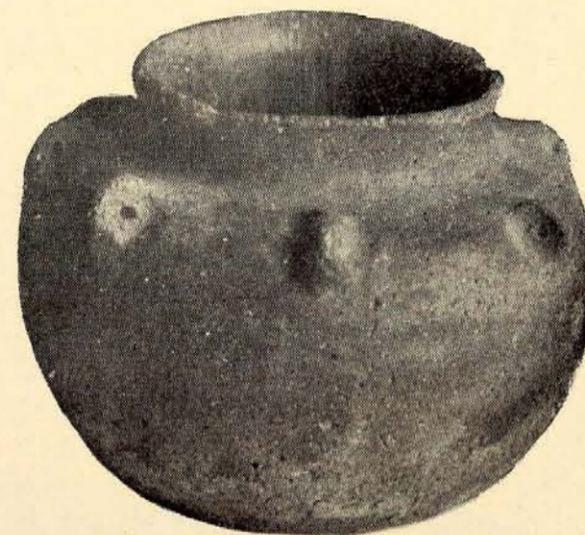
Fig. 2. - Cueva de El Cabás (Mallorca). Flecha: indicación del boquete que dió lugar al descubrimiento de la cueva.



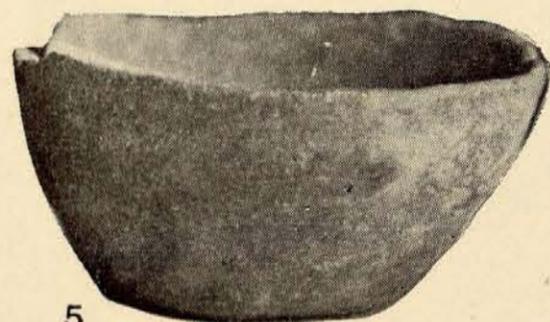
1



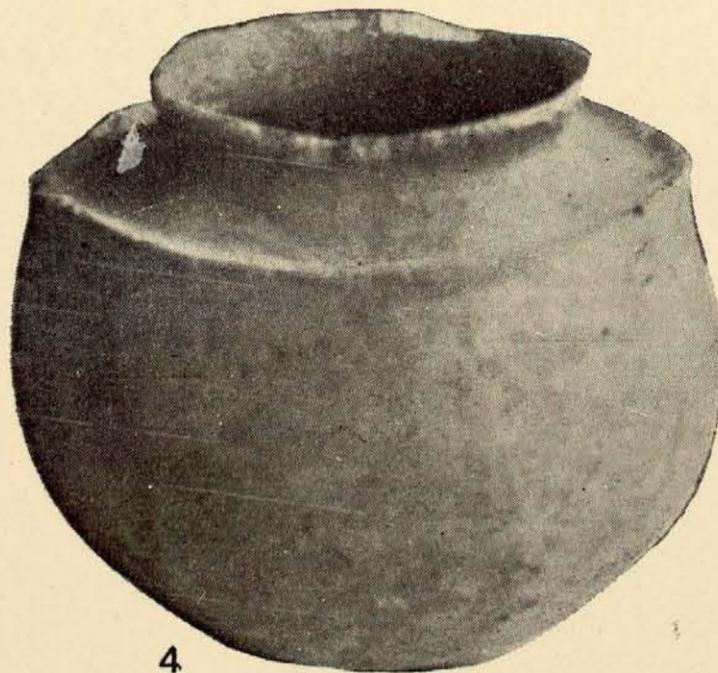
2



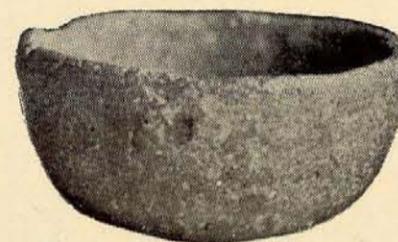
3



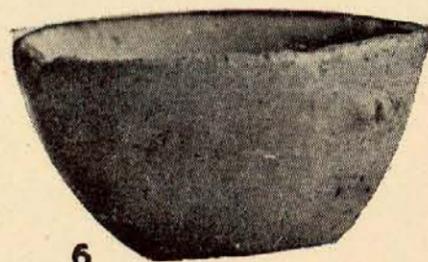
5



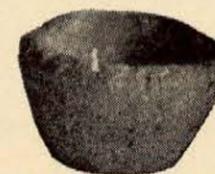
4



7

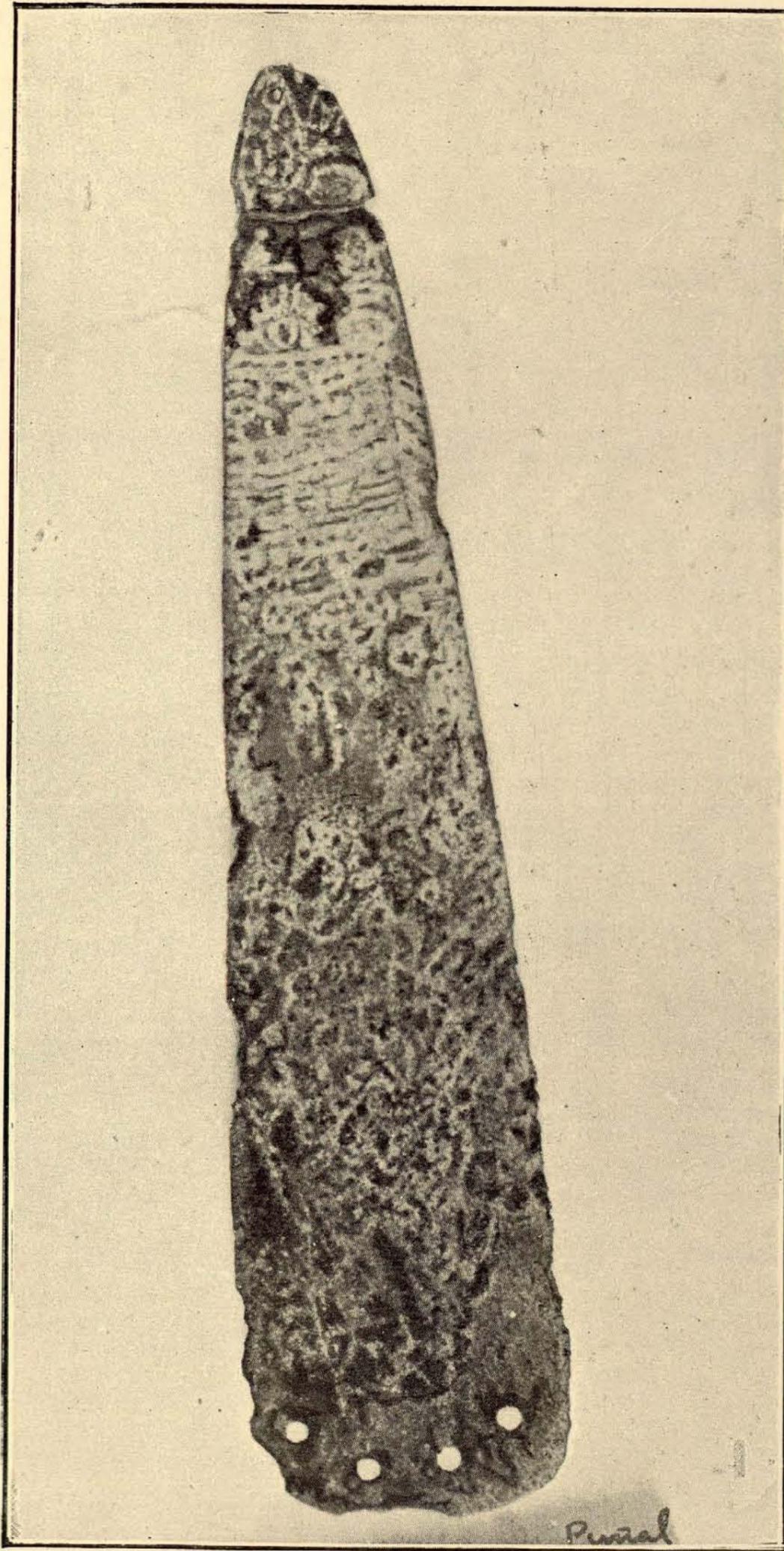


6



8

Cerámica de la cueva de El Cabás (Mallorca).



Puñalito de la cueva de El Cabás (Mallorca).

«Urnenfelder» de Alpiarça

por A. A. MENDES CORRÊA,
director do Instituto de Antropologia
da Universidade do Porto

«Urnenfelder» de Alpiarça

por A. A. MENDES CORRÊA,
director do Instituto de Antropologia
da Universidade do Porto

«Urnenfelder» de Alpiarça

por A. A. MENDES CORRÊA,
director do Instituto de Antropologia
da Universidade do Porto.

Em 3 de janeiro de 1930, durante uma permanência que fiz na Quinta dos Patudos (Alpiarça, NE. de Santarém), notei que num olival em frente da casa, do lado oposto da estrada de Almeirim a Alpiarça, muitos trabalhadores se estavam ocupando no plantio de vinha. Sabia que no mesmo terreno se haviam encontrado ha anos vários restos arqueológicos. Apressei-me portanto a pedir que recomendassem ao capataz dêsse rancho para me informar da aparição de qualquer peça, dando-lhe instruções para interromper imediatamente os trabalhos de escavação no local respectivo e para reclamar imediatamente a minha presença.

Por uma coincidência curiosa anunciavam-me alguns minutos depois que tinham acabado de exumar do solo muitos objectos, não tendo, porém, as instruções chegado a tempo de evitar que a exumação se fizesse sem a minha presença. Não pude, portanto, examinar directamente as condições de jazida, embora tivesse corrido ao local mal recebi o informe. Apenas vi os objectos e o lugar em que elles haviam aparecido e recolhi as informações dos trabalhadores sôbre o nivel e disposição em que elles se encontravam.

Dezasseis urnas (figs. 1.^a, 2.^a e 3.^a) jaziam a cêrca de 1.^m,20 de profundidade, encostadas umas as outras e cheias de carvões e de cinzas. Este grupo de peças cerâmicas ocupava uma área de cêrca de 1.^m2 Quando cheguei, já tinham esvasiado os vasos e enchido de terra a vala aberta no solo. A 2.^m aproximadamente dêste depósito, porcerto funerário, tinham encontrado, isolado, um machado chato, de bronze, com gume curvilíneo (fig. 7.^a). Estava a uma profundidade um pouco menor, cêrca de 1.^m Não viram quaisquer estelas ou paredes de pedra, nem *tumulus*.

A 4.^m ou 5.^m para oeste tinham tambem aparecido alguns fragmentos de *tegulae*. Recolhi as urnas e o machado, que se encontram actualmente no Museu Antropológico da Universidade do Porto.

Dois dias depois comunicaram-me que a uma pequena distância do ponto em que tinham aparecido os vasos haviam encontrado, quasi á mesma profundidade, três braceletes de bronze, espessos, que, apesar do interesse das pessoas que dirigiam os trabalhos de plantio, desapareceram roubados por

um camponês qualquer, cuja cupidez fora atraída por aquele suposto tesouro. Não pude, pela descrição que me fizeram, adquirir a certeza de que se tratava de facto de braceletes de bronze; mas suponho provável que o fôssem, tanto mais que já tinham aparecido, como veremos, outros nas proximidades.

Outros vasos da mesma natureza dos citados tinham sido encontrados no ano anterior no Mejão, ao sul dum vasto *oppidum*, o Castelo, situado do mesmo lado da estrada, a algumas centenas de metros ao sul do terreno que fornecera os documentos anteriores. Esses vasos foram do mesmo modo transportados para o Porto.

Algumas semanas mais tarde o Sr. Paciência Gaspar, de Alpiarça, enviou-me também para o Porto muitos fragmentos de cerâmica e de braceletes de bronze que acabavam de ser encontrados, por ocasião de plantação de vinha, no mesmo local do Mejão. Estes vasos cerâmicos teem o mesmo carácter das peças do *Tanchoal* ao N. do *oppidum* do Castelo, peças referidas no começo desta noticia, e os braceletes de bronze são inteiramente idênticos a muitos braceletes simples, massiços, abertos, de secção quadrangular (fig. 7.^a), de que dei noticia em 1916 (1), como tendo sido encontrados no mesmo *Tanchoal* havia anos e recolhidos pelos Srs. José e Carlos Relvas na sua casa dos Patudos. Estes braceletes eram acompanhados de vasos de dimensões e formas variadas, de *biberons* de barro, dum bela taça (figs. 4.^a e 5.^a), de parte dum peça de cerâmica ornada com pontuações de aspecto eneolítico (fig. 6.^a) e de pequenos fragmentos ósseos e cinzas.

Depois da publicação do meu artigo de 1916 tive conhecimento de que na mesma casa havia outros vasos, dos quais um com saliências mamilares no bojo (fig. 5.^a), provenientes todos do mesmo *Tanchoal*, e os seus proprietários deram-m'os para o Museu Antropológico do Porto, com ânforas e outros grandes vasos da época romana que tinham sido descobertos no *Castelo*.

Naquela minha noticia classificava o vaso caliciforme, os *biberons*, os outros vasos diversos e os braceletes como sendo provavelmente do fim da idade do bronze e como constituindo decerto restos de sepulturas de cremação, e de facto não seria difficil incluir, por exemplo, alguns vasos, mesmo os *biberons*, no IV periodo da idade do bronze. Mas o vaso com eminências mamilares e a forma dalgumas urnas sugeriram-me depois a ideia dum rejuvenescimento dêsses documentos, entretanto não até a época romana, data evidente das ânforas do *Castelo* e das *tegulae* do *Tanchoal dos Patudos*, mas apenas até a idade do ferro. Os *biberons*, por exemplo, aparecem também em estações hallstáticas (2).

Estes lugares teriam sido, sem dúvida, habitados dêsde uma época mais remota do que a romana. Na casa dos Patudos tinham sido recolhidos muitos machados de pedra polida encontrados nas proximidades. Esses machados, que foram oferecidos ao Museu do Porto, o fragmento citado de cerâmica ornamentada, uma pequena malga grosseira em argila mal cozida (3); outros fragmentos de cerâmica, dum fabrico manual muito rude, de pasta muito má e cozedura insufficiente; todos êsses documentos dão uma impressão muito forte de primitividade. O machado achatado de bronze pertence a um modelo

da idade do bronze I ou II, como os ha em abundância, sobretudo no sul do país (4). Não estou seguro de que este machado deva ser reunido ao mobiliário cerâmico, que se encontrava a uma distância de 2.^m apenas. Mas não julgo impossível a contemporaneidade, admitindo sobrevivências. Não é difícil encontrar machados primitivos mesmo em estações da época romana.

O conjunto dos vasos e dos braceletes do *Tanchoal* e do *Mejão* é muito mais antigo sem dúvida do que as *tegulae* e as ânforas de que falámos, e do que as mós manuais, fragmentos cerâmicos e outros restos da época romana encontrados no monticulo do *Cabeço da Bruxa*, do lado ocidental da estrada, algumas dezenas de metros ao S. da casa dos Patudos (5). O dito conjunto pertence, sem dúvida, a uma extensa necrópole de incineração, relacionada talvez com o recinto fortificado do *Castelo*, mas pre-romana.

Entre os vasos do mesmo grupo ha uns feitos a mão, outros a roda de oleiro, ha uns mais perfeitos, mais evolutidos, de melhor pasta e melhor cozedura do que outros, traduzindo talvez uma penetração de modêlos longínquos na primitividade e rudeza indígenas. Mas nenhuma forma tipicamente egêa, púnica, ibérica ou romana faz ali aparição. A ausência de ornatos pintados ou gravados é geral, exceptuando-se apenas um gargalo rude, talvez de *biberon* (penúltimo vaso a direita na figura 4.^a), e o fragmento pontuado, descobertos em tempos. Era bem pobre esta cultura!

Sem poder excluir totalmente a hipótese de que, postos mesmo de parte os documentos averiguadamente romanos, se encontram no espólio sucessivamente reunido restos de datas diferentes, julgo entretanto presentemente que as sepulturas de incineração do *Tanchoal* e do *Mejão* pertenciam não à idade do bronze, como supuz para o material de que me ocupei em 1916, mas ao principio da segunda idade do ferro (séc. VI-V a. C.). As semelhanças da maior parte dos vasos das sepulturas de Alpiarça com as urnas funerárias das necrópoles post-hallstáticas de Castela e do Aragão, como Luzaga e Arco-briga, exploradas pelo falecido marquez de Cerralbo (6), e com muitos exemplares dos campos de urnas (*Urnenfelder*) da Catalunha e circunvisinhanças (7), são impressivas. Mas a mistura de tipos rudes e finos é em Alpiarça maior do que na Catalunha e em Castela.

O nosso saudoso companheiro de trabalho Rui de Serpa Pinto vira em Barcelona braceletes de bronze muito semelhantes aos de Alpiarça e classificados como da época de Hallstatt. Emitiu mesmo a hipótese de que os braceletes da necrópole portuguesa tivessem sido empregados como moeda (8). Na verdade, a sua abundância, a sua associação em compridas cadeias, não militam em favor do seu emprêgo como ornatos que houvessem servido sem excepção durante a existência ás pessoas sepultadas. Mas, se estas não traziam porcerto sôbre elas mesmas um tão grande número de peças, não é difícil admitir que as suas famílias e os seus amigos tivessem a ideia de lhes oferecer todos aqueles braceletes para satisfação da sua vaidade de decoração pessoal na vida d'além túmulo...

Mas o critério de utilidade e de necessidades materiais no outro mundo era de tal modo corrente naquelas épocas longínquas para a escolha do mobi-

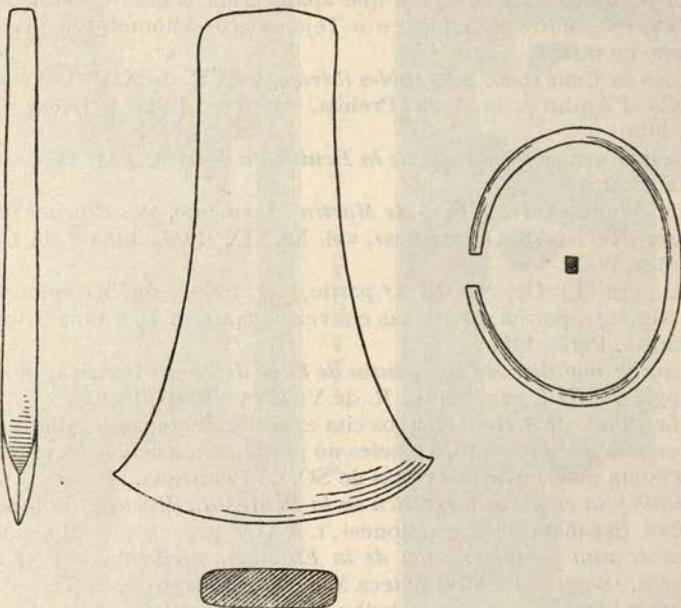
liário sepulcral, que a hipótese de Serpa Pinto não deve ser afastada definitivamente. Acrescentemos que em estações de La Tène I e II também aparecem braceletes de bronze idênticos aos de Alpiarça (9).

Numa nota preliminar (10), demos ao Congresso Internacional de Antropologia e Arqueologia Prehistórica de Coimbra-Porto em 1930, uma breve notícia dos documentos arqueológicos encontrados nas sepulturas de incineração de Alpiarça, de que não falámos no artigo de 1916. A falta de elementos directos de observação sobre as condições de jazida, a relativa heterogeneidade de alguns objectos, a pobreza do espólio, a ausência quasi completa de decorações cerâmicas, são razões suficientes para que não nos seja possível também na presente nota ir além duma resenha sumária dos factos de que tivemos informação, e dos materiais que conseguimos reunir. Algumas fotografias proporcionarão o conhecimento das formas cerâmicas.

Com as reservas já indicadas, entendemos que as sepulturas de cremação do *Tanchoal* e do *Mejão*, d'Alpiarça, que forneceram todos ou quasi todos os materiais aludidos, pertencem ao principio da nossa idade do ferro, devendo porém notar-se que a primeira idade do ferro não está no país representada de modo seguro, sendo de admitir que, dum modo geral, a idade do bronze se tivesse prolongado no território até o meado do primeiro milénio antes de Cristo. Não é, pois, de surpreender que já quando influências ibero-tartéssias e mediterrâneas penetravam no Algarve e no Alentejo e se revelavam nos entrepostos costeiros (Alcácer do Sal; Lisboa), se encontrasse em regiões que não eram distantes desses lugares uma cultura com muitos caracteres de arcaísmo e de pobreza indígenas, e que não reflectia senão longínquas e raras influências exóticas. As relações de tal cultura com a cultura dos *Urnenfelder* e a das necrópoles castelhanas são evidentes, sendo as sepulturas de Alpiarça talvez intermediárias entre aqueles e estas, e distintas no ponto de vista cultural e na sua maior primitividade, não só das estações de Alcácer, Lisboa e Santa Olaia mas dos castros do N. de Portugal e da Galiza, e da cultura espanhola de Las Cogotas. Notemos que, se, análogamente aos «campos de urnas» em geral, as sepulturas de Alpiarça são desprovidas de *tumuli*, também elas *parecem* diferir das necrópoles catalãs e castelhanas na falta de construções em pedra ou de simples estelas que marcassem as sepulturas. Não tem também a disposição linear das segundas. E, se os vasos de Alpiarça são em geral menos rudes do que os dos *Urnenfelder* catalães, diferem entretanto destes, como da cerâmica castreja portuguesa, na ausência de ornatos.

O predomínio de elementos arcaicos, porventura indígenas, não exclui a intervenção —então já muito provavel, embora não forçosamente primordial— dos celtas das visinhanças do Anas (11). Bosch Gimpera (12) localiza naquelas paragens ribatejanas os cempses (menos provavelmente os sefes) do périplo de Avieno, que, como se sabe, são por Schulten e pelo ilustre arqueólogo catalão considerados celtas, o que —sendo possível, mesmo provavel— não é, a nosso vêr (13), absolutamente seguro. Poderemos nós antes falar, já então, de lusitanos (*lato sensu*) transportados á margem esquerda do Tejo?

Temos, nos nossos estudos da etnologia proto-histórica de Portugal (14), definido os lusitanos (*l. s.*) como pre-celtas do país (provavelmente afins dos iberos do sul e levante da Península), que teriam sofrido a influência cultural, e talvez antropológica, dos invasores celtas. Os restos funerários de Alpiarça possuiriam características culturais que, dentro de certa medida, se adaptariam a esta definição étnica. Se os «campos de urnas» traduzem a acção dos celtas, não é porém difícil em Alpiarça verificar sobrevivências de remotos modelos de épocas anteriores, como do bronze, de El Argar—mesmo do eneolítico.



Machado e bracelete de bronze ($\frac{1}{2}$).

NOTAS

- (1) *Sobre alguns objectos protoistóricos e lusitano-romanos, especialmente de Alpiarça e Silvã*, «Arqueólogo Português», t. XXI, 1916. Lisboa, 1917.
- (2) DÉCHELETTE (J.): *Manuel d'Archéologie*, t. II, 1.^e partie, pág. 388. Paris, 1910.
- (3) O primeiro do lado esquerdo a partir do caliciforme na fig. 4.^a
- (4) Vd. meu livro *Os povos primitivos da Lusitânia*, pág. 227 e seg., e fig. 26. Porto, 1924.
- (5) Ha outro *Cabeço da Bruxa*, em que apareceram pedras trabalhadas, lateres, vasos, etc., entre a Goucha e o Tejo, poucos quilómetros a SW. do cabeço citado no texto.
- (6) MARQUÉS DE CERRALBO: *Nécropoles ibériques*. C. R. du XIV^e Congrès International d'Anthrop. et Arch. Préhist. (Genève, 1912), t. I, pág. 593. Genève, 1913.
- (7) P. BOSCH GIMPERA: *Etnologia de la Península Ibérica*, pág. 453 e segs. Barcelona, 1932.
- (8) RUY DE SERPA PINTO: *Museu de Martins Sarmiento*, IV, *Bipene votiva de Sabroso*, «Revista de Guimarães», vol. XXXIX (1929), nota 4 da pág. 7. Guimarães, 1930.
- (9) DÉCHELETTE (J.): Op. cit., II, 3.^e partie, pág. 1.219, e fig. 517, núm. 1. Nalguns de Alpiarça, porém, as pontas em vez de fazerem face uma à outra, sobrepõem-se. Paris, 1914.
- (10) *Note sur le mobilier de sépultures de l'âge du fer d'Alpiarça*, in «L'Anthropologie», t. XII, pág. 121 (C. R. de Vaufray). Paris, 1931.
- (11) *Ora Maritima*, de Avieno, não os cita expressamente, mas Schulten e Bosch entendem que os cempses e sefes do périplo eram celtas. Heródoto e Estrabão falam mais tarde dos celtas do SO. da Península.
- (12) *Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica*, «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones», t. XXIX, pág. 11, etc. Madrid, 1921. *Ensayo de una reconstrucción de la Etnología prehistórica de la Península Ibérica*, «Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo», pág. 76, etc. (especialmente as figuras dos dois trabalhos). Santander, 1922. *Etnología de la Península Ibérica*, op. cit., pág. 327. *Los celtas en Portugal y sus caminos*, «In Memoriam Martins Sarmiento». Porto, 1934.
- (13) *Os povos primitivos da Lusitânia*, op. cit., págs. 88, 89, 133, etc. *No Centenário de Martins Sarmiento*, «Estudos Portugueses», t. II, pág. 18 do extr. Lisboa, 1933.
- (14) *Os povos primitivos*, etc., op. cit., págs. 138, 139, 142, 303, etc. *No Centenário de Martins Sarmiento*, op. cit., pág. 16.

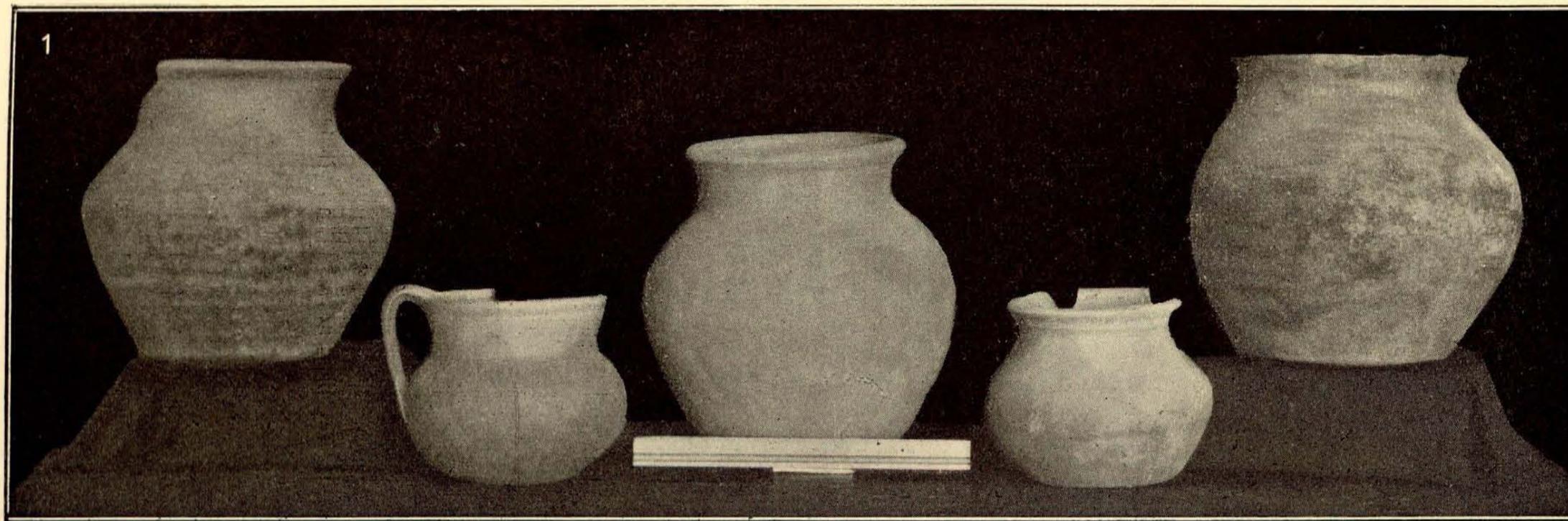


Fig. 1. - Urnas da sepultura do Tanchoal (1930).

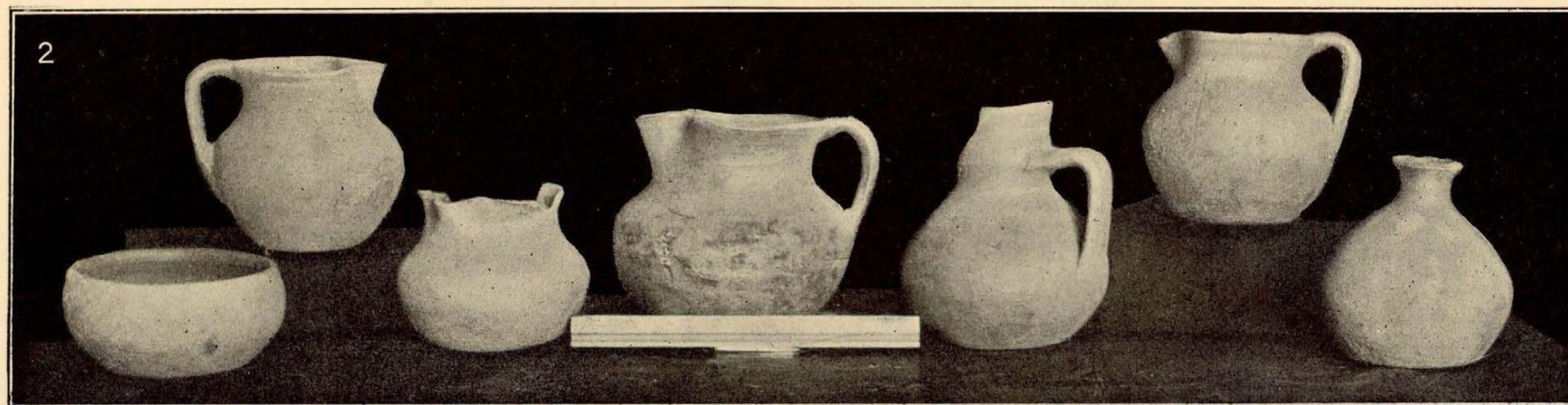


Fig. 2. - Vasos do Tanchoal (1930).

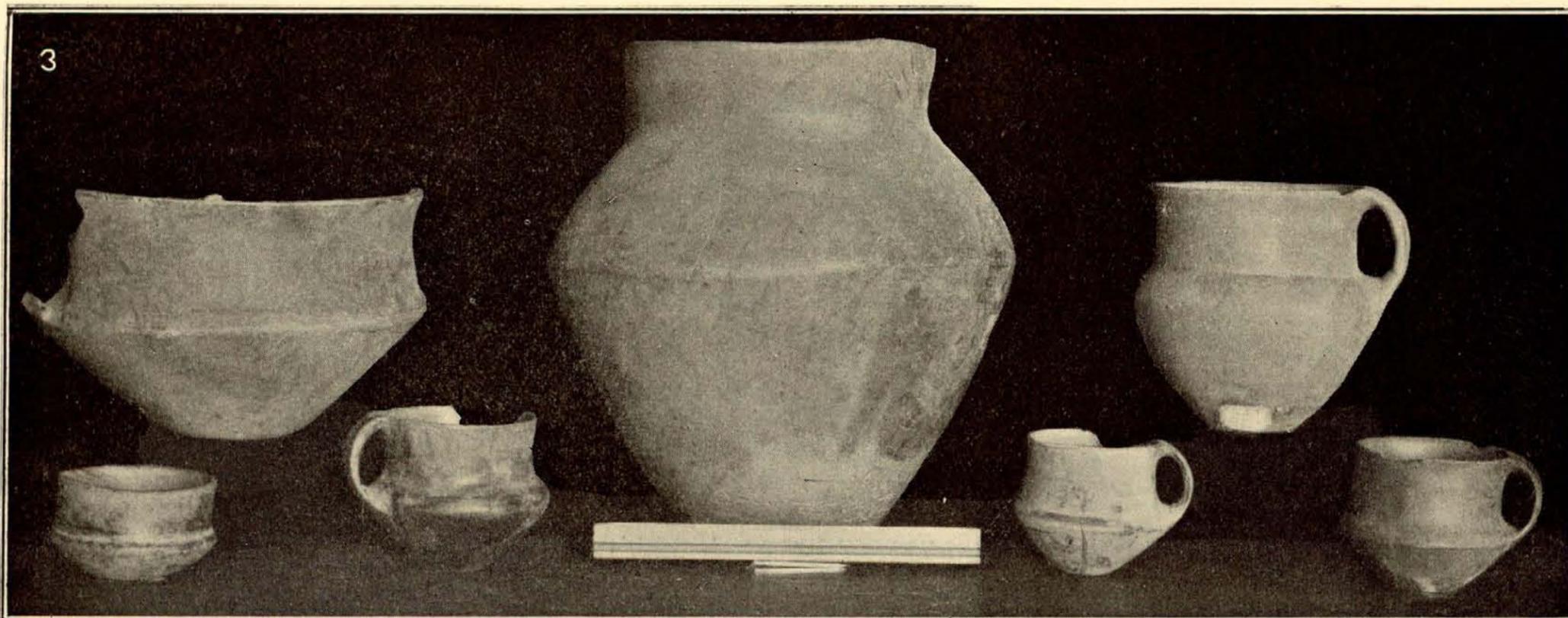


Fig. 3.—Vasos do Tanchoal e outros.

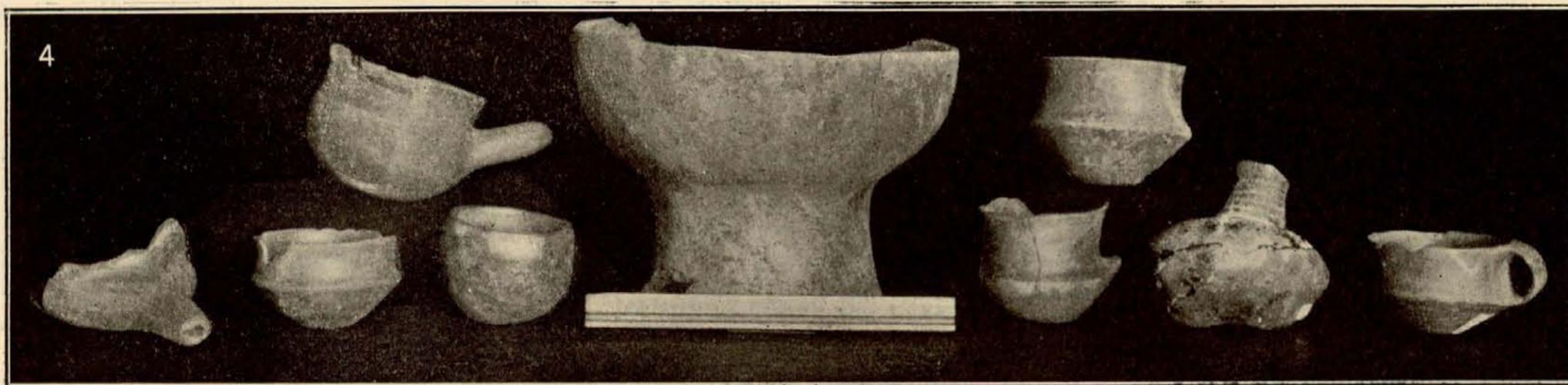


Fig. 4.—Vasos de Alpiarça, entre os quais o caliciforme e outros descritos em 1917.



Fig. 5.—Vasos do Tanchoal, de Alpiarça o do centro, com eminências mamilares.

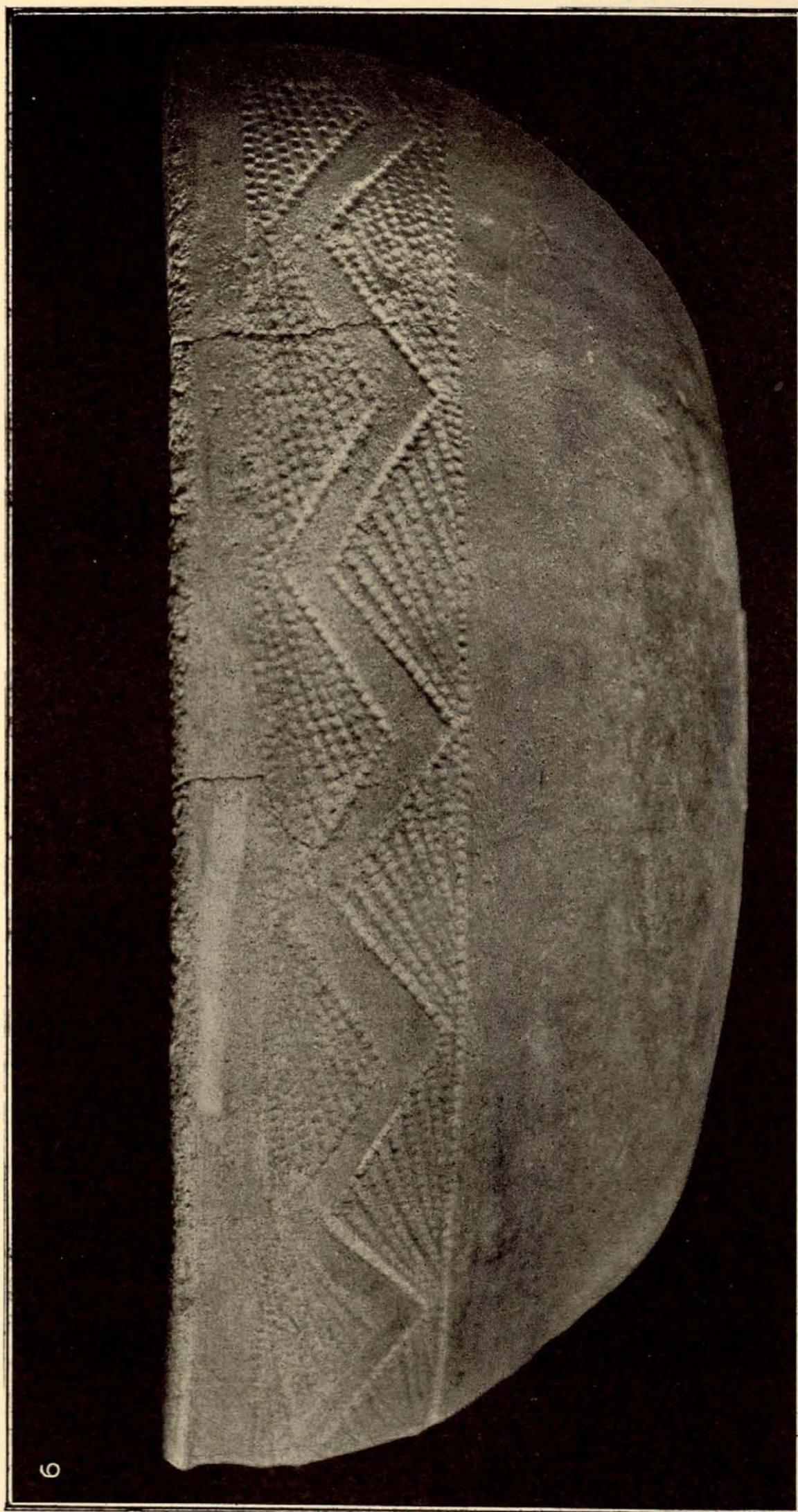


Fig. 6. — Fragmento com decoração pontuada a volête, com faixa lisa em zig-zag entre triângulos pontuados alternados.

Los elementos de las artes industriales visigodas

1928

UNIVERSIDAD DE MUNICH

Los elementos de las artes industriales visigodas

por HANS ZEISS,
de la Universidad de
Munich.

Los elementos de las artes industriales visigodas

por HANS ZEISS,
de la Universidad de
Munich.

I.—GENERALIDADES

El estudio de los cementerios visigodos ha avanzado mucho en el decenio pasado. Por la primera vez se han hecho excavaciones metódicas y estudios sistemáticos. Parece conveniente dar como introducción una lista de las publicaciones más importantes:

- NILS ÅBERG: *Die Franken und Westgoten in der Völkerwanderungszeit*. Upsala-Leipzig-París, 1922.
- FLORENCIO DE ANSOLEAGA: *El cementerio franco de Pamplona* (Navarra). Pamplona, 1914.
- SATURIO FERNÁNDEZ GODÍN y JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS: *Excavaciones en la necrópolis visigoda de Daganzo de Arriba* (Madrid). Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Memoria 114. Madrid, 1931.
- JULIO MARTÍNEZ SANTA-OLALLA: *Sobre cómo usaron la fibula los visigodos*, «Investigación y Progreso», núm. 6, págs. 178-180, 1932.
- *Necrópolis visigoda de Herrera de Pisuerga* (Palencia). Junta Superior de Excavaciones. Memoria 125. Madrid, 1933.
- *Notas para un ensayo de sistematización de la Arqueología visigoda en España. Períodos godo y visigodo*. «Archivo Español de Arte y Arqueología», núm. 29, págs. 139-176. Madrid, 1934.
- BLAS TARACENA AGUIRRE: *Excavaciones en diversos lugares de la provincia de Soria*. Junta Superior de Excavaciones. Memoria 75. Madrid, 1926.
- *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*. Junta Superior de Excavaciones. Memoria 86. Madrid, 1927.
- HANS ZEISS: *Die Grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich*, «Germanische Denkmäler der Völkerwanderungszeit», 2. Berlin und Leipzig, 1934.

Los trabajos de Martínez Santa-Olalla y la última obra de la lista contienen más datos bibliográficos (incluido la Arqueología de los francos, etc.).

II.—LOS DOCUMENTOS

Es bueno tener en cuenta que nuestro conocimiento sobre las artes industriales de los visigodos es muy fragmentario, por varias razones. La mayor parte de los objetos conservados proceden de sepulturas muchas veces destruidas sin cuidado y sólo en pocos casos bien excavadas. Es raro encontrar un depósito escondido en tiempo de guerra o los instrumentos de un artesano (1). Con todo, no logramos conocer más que en parte la «cultura material» de los visigodos. Era costumbre colocar los muertos vestidos, con adorno, pero sin armas; la espada de Daganzo de Arriba es una cosa excepcional (2). Parece extraño que los guerreros visigodos hayan renunciado a traer sus armas consigo; pero es un hecho el que los mismos cementerios del siglo III en Siebenbürgen, patria de los visigodos, carecen de armas, mientras abundan en sepulturas francas. La costumbre franca está representada en España por la necrópolis de Pamplona, donde vestigios de influencia «merovingia» son frecuentes. Resulta que los objetos más comunes son piezas del vestido, como fibulas y hebillas, y objetos de uso diario, como cuchillos. Claro que de madera y tela no quedan más que restos, en circunstancias favorables; en Alemania se han descubierto cementerios en tierra muy húmeda (Leihgestern, Hessen; Oberflacht, Württemberg), donde objetos de madera, restos del vestido y hasta ciruelas, etc., se han conservado bastante bien (3). En España no conocemos vasijas de madera de esta época. Otras vasijas también son raras; algunas encontradas en Suellacabras y Taniñe (Soria) no pertenecen al período visigodo, sino al bajo-romano. Parece que los visigodos han dejado la costumbre de dar vasijas a los muertos antes de llegar en España, quizá por influencia cristiana.

Es probable que muchos hallazgos hoy sin procedencia proceden de sepulturas. Lástima que hasta nuestros días los cementerios visigodos hayan sido o destruidos o robados por motivos egoísticos (Castiltierra, Segovia). Los documentos de los siglos pasados comienzan a ser considerados como una especie de herencia nacional, cuya protección debe ser más eficaz en los tiempos venideros. Es interesante notar tales tendencias laudables en varios países europeos.

No son muchos los cementerios bien conocidos hasta ahora. De Palazuelos (Guadalajara) y de otras excavaciones del marqués de Cerralbo no se han publicado las circunstancias de los hallazgos. El Sr. Ansoleaga ha dado una descripción sumaria de Pamplona (Navarra); la pérdida de los diarios de la excavación es muy sensible. Después de la guerra la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades ha patrocinado algunas investigaciones metódicas, en verdad fundamentales: en la provincia de Soria, Suellacabras, Taniñe y Deza (B. Taracena Aguirre); en la provincia de Toledo, Carpio de Tajo (C. de Mergelina); en la provincia de Madrid, Daganzo de Arriba (S. F. Godín y

J. Pérez de Barradas); en la provincia de Palencia, Herrera de Pisuegra (J. Martínez Santa Olalla). En su mayor parte los excavadores han aumentado sus méritos muy pronto por una publicación. La de Carpio de Tajo hace falta; es una laguna lamentable. Los demás cementerios han sido descubiertos casualmente y no son conocidos más que por los objetos conservados en los Museos.

III.—PRINCIPIOS DE CRONOLOGÍA

El sistema cronológico depende de la cronología de los hallazgos ostrogodos en Italia, atribuidos a 493-552, período del reino ostrogodo. Es probable que ciertos tipos visigodos han sido tomados de los ostrogodos, cuando las tropas de Teodorico estaban en España (511-526). La comparación permite establecer que, por ejemplo, un tipo de hebilla (lám. I, fig. 2) es imitación de otro encontrado en Italia (véase pág. 146); por eso el tipo español no puede considerarse anterior al siglo vi, y con ello los objetos sacados de las mismas sepulturas. Así es posible establecer inventarios característicos del siglo vi. La evolución de las fibulas y hebillas del siglo vi termina en la disolución de los tipos, que se desvanecen; en opinión del autor, este proceso debe estar en relación con las grandes vicisitudes del tiempo: romanización sucesiva de los visigodos, que se expresa, por ejemplo, en las leyes, y abolición del arrianismo después de la muerte de Leovigildo (586). San Isidro dice en la *Historia Gothorum* (c. 51) que Leovigildo mismo era el primo de los reyes, quien usaba un trono y llevaba vestidos reales según el ejemplo de los emperadores de Bizancio. Parece razonable deducir que la misma tendencia se expresa en la acción del rey y en la desaparición del traje nacional del pueblo; por ejemplo, de las hebillas llamadas godas y de ciertas fibulas de origen godo. El autor prefiere como fecha aproximativa de la desaparición de dichos tipos el año 600; el señor Martínez-Santa Olalla el reino de Suinthila (621-631); la decisión final depende de nuevos hallazgos. Es hecho que sepulturas indudables del siglo vii son rarísimas; cosa natural si la abolición de la costumbre antigua es considerada como consecuencia de la romanización y de la conversión del pueblo. No faltan hallazgos, y la evolución de las hebillas es más interesante en este período; pero carecemos de puntos fijos representados por sepulturas características. Una buena suerte ha sido que prototipos de ciertas hebillas del siglo vii han sido encontrados en Carpio de Tajo; piezas muy raras, sacadas de las sepulturas más recientes con ajuar. Es mejor contentarse por el momento con la separación general entre los siglos vi y vii.

Pocos hallazgos de la península pueden atribuirse al siglo v. Hay algunas piezas del tiempo de las primeras invasiones (lám. X, fig. 1) procedentes de sepulturas aisladas, y una serie de cementerios de la población ibero-romana (por ejemplo, Marugán, Granada; Suellacabras y Taniñe, Soria). No es extraño que en estos cementerios se hayan descubierto unas hebillas del período vi-

sigodo; pero nunca hebillas llamadas «godas» en sentido propio (por ejemplo, lámina I) o fibulas. La población indígena no ha aceptado los adornos característicos de los visigodos; además, las vasijas funerarias son frecuentes como en tiempo romano, y un objeto de uso incierto, discutido últimamente por F. Alvarez-Ossorio (4), marca bien la diferencia entre ibero-romanos y visigodos. La aparición de algunas hebillas del siglo VI no permite atribuir tales cementerios a los visigodos.

Nuestro esquema cronológico exige algunas notas históricas. En la invasión de 409, suevos, alanos y vándalos han ingresado en la península. Los alanos y vándalos han sufrido sangrientas pérdidas en las guerras contra las tropas imperiales, en particular por los visigodos (*fœderati*), y han evacuado España después de dos decenios. Los visigodos fueron revocados en el dominio de la península por el gobierno de Rávena (419), y se establecieron en Aquitania. Durante el siglo V han logrado agrandar su dominio en las Galias y poner pie en España; pero la ocupación militar es otra cosa que la colonización. Es difícil ganar información adecuada de las crónicas escasas del tiempo; los indicios permiten suponer que una inmigración sensible de visigodos fué causada por la pérdida de la mayor parte de las Galias, y hay hasta una noticia de que los francos han expulsado a sus poseedores visigodos (5). Hace poco tiempo que el Sr. Gamillschegg, investigando los nombres de lugares de origen germánico, ha obtenido resultados de que la colonización visigoda en la península es posterior a la pérdida del reino de Tolosa (507) (6). Como los estudios del Sr. Gamillschegg y del autor se han hecho independientemente, las conclusiones conformes son más seguras. Será ocasión de tratar otros sucesos históricos en los capítulos que siguen. Aquí sólo parece digno de mención que el territorio suevo no ha dado — hasta ahora — cementerios que puedan atribuirse a dicha tribu. Hay pocas hebillas del período visigodo en ciertas necrópolis cerca de Lisboa (Abujarda, Alcoutão), pero en necrópolis no más germánicas que Marugán y Suellacabras. Al parecer pertenecen también a una población ibero-romana.

Terminados los preliminares, vamos a ocuparnos con los elementos principales de las artes industriales visigodas.

IV.—ELEMENTO PREVISIGODO

El tipo característico de las sepulturas de los primeros invasores de la península es la pequeña hebillas de oro, conocida por los hallazgos de Beja (Portugal) y de Bueu (Pontevedra) y por otros de localidad incierta, representada aquí por una pieza en el British Museum (lám. X, fig. 1). Tales hebillas, adornadas con almandines, han sido descubiertas en la Crimea, en los países cerca del Danubio, en Italia y Francia; no cabe duda de que son productos de talleres en el Sur de Rusia. Pertenecen al estilo policromo creado en la regio-

nes orientales y bien apreciado por los godos y otros pueblos germánicos, pero también por tribus no germánicas, como los sármatas, de origen iránico. En este ensayo el problema, muy intrincado, no puede ser discutido por extenso. Es preciso no olvidar que el imperio bajo también ha apreciado el estilo polícromo; los monumentos y los autores dan testimonios. Las obras citadas en la introducción sirven para la información detallada.

Las hebillas de oro no han sido imitadas en España por talleres locales, lo que demuestra el carácter pasajero de las primeras ondas de las migraciones. No hay descendientes algunos entre el inventario de los cementerios del siglo vi. Es posible, y hasta probable, que los visigodos de Aquitania han usado el mismo tipo, pero no se conocen ejemplares en los territorios del reino de Tolosa.

El Museo de Granada posee un collar, compuesto de piezas de lámina de oro, atribuido por Åberg a la invasión germánica. En verdad, collares muy parecidos han sido hallados en la Crimea; pero es más cauto considerarlos en general como productos de época baja y no como característicos de los pueblos germánicos. Es muy difícil dar una idea sobre la nacionalidad de la persona enterrada en Granada (Albaicín). La sepultura de Beja, al contrario, puede atribuirse a un individuo de los pueblos invasores de 409.

Hasta ahora ninguna de las fibulas encontradas en España debe ponerse en relación con el grupo previsigodo.

V.—ELEMENTO VISIGODO

A) HEBILLAS Y PLACAS

Los cementerios de los visigodos nos han dado varios tipos de hebillas. Se puede hacer una distinción entre tipos característicos y otros comunes en los reinos germánicos. El segundo grupo será tratado separadamente. En primer lugar discutimos el tipo llamado «godo» por Goetze (7).

En todos los países godos, en la Crimea, en Hungría, en Italia, en la Francia del Sur y en España, conocemos hebillas con placas rectangulares decoradas por espirales grabados o por alvéolos sobrepuestos. La decoración espiral parece más antigua; quizá se deduce de hebillas romanas de época baja cuyas placas abundan en espirales (8) y van adornadas por ornamentos animales. Según la teoría de Salin y otros, la *Tierornamentik* del Norte germánico ha sido instigada por el ornamento de dicho grupo romano (9). Podemos renunciar a más digresiones porque la *Tierornamentik* propia falta en España. Basta notar que la hebilla de la sepultura 46 de Herrera de Pisuerga lleva decoración espiral y que la placa contigua muestra rudimentos de las bestias bajo-romanas (lám. V, fig. 5). Este hallazgo nuevo sirve para entender mejor la pieza de Uxama (Soria) (lám. I, fig. 3) y dos paralelos en Francia bien cono-

cidos. Aun el tipo antiguo no parece haber sido muy popular en España. Al contrario, los tipos con alvéolos son bastante frecuentes.

Los más importantes son del tipo I (alvéolos aislados, en general cuatro en forma de almendra en los ángulos y uno central) y del tipo II (decoración de la placa entera con alvéolos). Tipo I aparece en Carpio de Tajo (seps. 102, 116, 119 y 137), Herrera de Pisuerga (seps. 4 y 44), Castiltierra (varias piezas) y en otros lugares; por ejemplo, en Majazala (Toledo) (lám. I, fig. 2). Una placa con cinco alvéolos en el centro y un cuadro de alvéolos (lám. II, fig. 2) puede considerarse como precursora del tipo II. Es necesario anotar qué las denominaciones tipo I y II no corresponden al sistema de Goetze; tampoco es oportuno tomar el tipo I como el equivalente de Goetze A y B (A, ornamento espiral).

El tipo II parece ser una invención de talleres visigodos en España y en el Sur de Francia. Se distinguen ejemplares que pueden atribuirse a los mismos artesanos. La variedad representada por una pieza de Daganzo de Arriba (Madrid) (lám. V, fig. 4) ocurre en Carpio de Tajo (seps. 203, 216 y 242); en Herrera de Pisuerga, lo menos dos ejemplares de otra especie (seps. 7 y 30) son indicios que justifican pensar en talleres diferentes (lám. II, fig. 1).

No es posible entrar en los detalles de todas las piezas interesantes de Herrera de Pisuerga y Castiltierra, que han aumentado el grupo tan sensiblemente. Otras excavaciones darán más variedades y permitirán mejores clasificaciones que las de hoy. Mencionamos una pieza de Castiltierra (lám. II, figura 4) con una bestia en el centro y un cuadro de zarcillos, muy parecida a una placa francesa (lám. I, fig. 4). Claro que no tiene relación con el tipo I ni con el tipo II; el motivo es probablemente de origen oriental, imitado en la Crimea también. Si añadimos tales piezas a nuestro grupo, no queremos menospreciar las diferencias de técnica y ornamento.

Queda aún sin discutir un tipo pequeño (lám. I, fig. 1) derivado del tipo I, corriente y bien degenerado. Es indicio de época tardía que la hebilla y la placa son fundidas en una pieza, lo que es usual en las placas triangulares alargadas (lám. IX, figs. 1 y 9), en placas figuradas (láms. XI y XII) y en placas caladas (lám. X, figs. 5 y 6). Estas clases de placas florecen en el siglo VII; por eso no parece imposible que nuestro tipo haya estado en uso más tarde que las variedades grandes de las placas godas. Lástima que no conozcamos inventarios bien investigados con tales hallazgos. Las placas pequeñas sólo las hay en España y pueden considerarse como productos locales, imitaciones de prototipos godos por artesanos indígenas.

B) FÍBULAS

Los pueblos godos usaban fibulas de arco primeramente martilladas (*Blechfibeln*, es decir, fibulas de lámina de plata, etc.), más tarde fundidas.

La invención de las «placas» características ha sido causada por el deseo

de cubrir la aguja. Las denominaciones «placa de resorte» y «placa de sujetador» son bien apropiadas; las debemos a Martínez Santa Olalla, quien refiere los datos principales de la evolución del tipo en su última publicación (10). Los ejemplares martillados de Castiltierra (lám. III, fig. 1) han sido descubiertos recientemente, por eso el autor se atiene a la publicación meritoria citada.

Dejando los ejemplares martillados de Castiltierra (lástima que no se conozca el inventario exacto de aquellas sepulturas) venimos a las piezas fundidas, decoradas en parte con palmetas fijadas por clavitos (lám. III, fig. 2). El tipo ha sido encontrado con hebillas del siglo VI en Carpio de Tajo (seps. 96 y en 136) y Herrera de Pisuerga (seps. 7 y 31). Es de notar que tales piezas no son frecuentes en los cementerios bien investigados; parece que iban desapareciendo a principios del siglo VI.

Más común son variedades posteriores (del punto de vista tipológico). Las palmetas y las placas son ambas fundidas (lám. V, fig. 2); las fibulas se vuelven más pequeñas (lám. VI, fig. 5) y hasta enanas (lám. VI, fig. 3); dos y más «botones» aparecen al margen de las placas (lám. IV, figs. 1 y 3). Los cementerios de Carpio de Tajo y de Herrera de Pisuerga presentan nuevas formas. Se anuncia la influencia de otros tipos de fibulas, y más interesante, el estilo de las fibulas peninsulares llega a ser muy diferente del estilo prevaleciente, por ejemplo, en los países del Reno y del Norte. Indicios correspondientes son, entre otros, la rígida simetría de los «botones» y la ausencia de ornamentos germánicos. Será difícil dar otra explicación que referir a los talleres peninsulares donde trabajaban los descendientes de los ibero-romanos; los nuevos señores de España tenían que defender sus conquistas contra enemigos hispánicos y extranjeros, y no es probable que se hayan ocupado mucho de las artes industriales.

Las fibulas de Castiltierra son consideradas como las más antiguos representantes españolas de un grupo godo que se extiende desde Crimea y Hungría hasta Francia y España. Hay piezas decoradas con láminas de oro y pedrería, como las del famoso tesoro de Szilágy-Somlyó. Los prototipos danubianos incluyen variaciones en la forma de las placas. Una de ellas era la romboidal, que fundida y con ornamentación espiral ha llegado a España también (lám. III, fig. 4). Las imitaciones locales prefieren siete botones en la placa semi-rotonda (lám. VI, figs. 1, 2 y 4); de pieza a pieza el ornamento se vuelve más ilegible y el aspecto más rudo.

Como dicho tipo llevaba ornamentación y botones en las placas, puede suponerse que algunas piezas de la primera serie han sido más o menos influenciadas. Así se explican mejor ciertas variaciones. Añadimos al grupo godo dos ejemplares de Herrera de Pisuerga con botones en forma de cabezas de aves (lám. V, figs. 1 y 2). Este motivo no era propio de las dos series que hemos descrito, pero sí familiar al estilo godo, en particular a ciertas fibulas que han sido denominadas ostrogodo-francas por Åberg (lám. V, fig. 5). Será lícito imaginarse que los motivos de los varios grupos se han mezclado bastante libremente en el curso del tiempo. Otro par de fibulas de Herrera

(lám. V, fig. 3) continúa el tipo caracterizado por pares de botones salientes de la placa del sujetador (lám. IV, fig. 3); pero la placa de resorte es influenciada por una variedad forastera (lám. IV, figs. 4 y 6). Es interesante ver un intercambio de detalles peculiares a ciertas clases de fíbulas; no es preciso demostrar que el cruzamiento de series diferentes puede adscribirse a un período avanzado, y por eso las fíbulas de la sepultura 2 de Herrera de Pisuerga (lám. V, fig. 3) son de las más tardías del cementerio.

Terminadas las fíbulas de arco, quedan otras pocas más del grupo visigodo. Las fíbulas águiliformes no son frecuentes en España ni en otros países. No deben confundirse con las pequeñas piezas aviformes, que abundan en los cementerios merovingios y que faltan en los territorios godos. Los mejores ejemplares de las águilas grandes han sido descubiertos cerca de Cesena, al Norte de los montes Apeninos; son de oro con pedrería. En España y Francia no se conocen más que piezas de bronce (lám. VII, fig. 1), todas con escudo central en forma de corazón. El tipo es de origen oriental, quizá iránico, y puede haber tenido más importancia que sólo el ornamento; es tan raro, que ocurre la idea de que haya sido una especie de distinción. Ni Carpio de Tajo ni Herrera de Pisuerga han dado una pieza, con excepción de un par encontrado hace muchos años y vendido no se sabe donde. Una imitación más pequeña (lám. VII, fig. 2) viene de Deza (Soria). Es curioso observar un escudo central redondo, como en las águilas de Cesena; puede suponerse que esta variedad era usada por los visigodos también. Aunque la fibula águiliforme no sea común, es notable por ser un elemento godo bien característico.

Nuestra inspección rápida, pero—lo esperamos—no superficial, nos muestra que hebillas (con placas) y fíbulas de origen godo estaban muy en boga con los visigodos. Los tipos importados en la península han sido imitados en los talleres locales, y han sufrido variaciones que indican una diferencia marcada entre el estilo de los países germánicos del Reno y del Norte, una diferencia explicada por la nacionalidad de los artesanos ibero-romanos.

Hemos hablado de elemento visigodo, y es razonable añadir que los tipos originales son godos, hasta usados por pueblos de otro origen, y que las piezas españolas son en parte de filiación ostrogoda (1). Pero todos los objetos incluidos en este capítulo son muy característicos de los cementerios visigodos, mientras son excepcionales en los cementerios del reino de los merovingios. La comparación se impone y justifica la denominación aplicada.

El próximo capítulo será dedicado a tipos comunes a los cementerios visigodos, merovingios y longobardos.

(1) Revisando las pruebas puedo añadir que esta sugestión viene a ser comprobada por hallazgos nuevos publicados por J. Martínez Santa-Olalla en *Germania*, 1936, donde aumenta sensiblemente la serie hasta ahora conocida; hasta ejemplares de oro aparecen. Es preciso corregir nuestro juicio según los documentos nuevos.

VI.—OTROS ELEMENTOS GERMÁNICOS

Este capítulo comprende objetos algo discrepantes, pues hemos de tratar de los tipos germánicos no peculiares a los visigodos. Por consecuencia, ha sido incluido todo lo que aparece más o menos frecuente en los cementerios merovingicos y longobardos. En algunos casos la invención de los prototipos puede deberse a los talleres cuyos artesanos no eran germanos; estando la cuestión sin solución, el uso por los germanos, atestiguado por los hallazgos, justifica la atribución al grupo discutido en las líneas que siguen.

A) HEBILLAS Y PLACAS

Comenzamos por las hebillas ovales sin placa, con base de aguja en forma de escudito (lám. IX, fig. 6), frecuentes en Francia, Alemania e Italia. Es probable que la evolución de este tipo característico se ha hecho en un centro industrial desconocido hasta ahora; si es lícito lanzar una idea, ésta sería la posibilidad de tradición romana; hay hebillas de época baja cuyas agujas se van agrandando. Queda a investigaciones venideras probarlo o rechazarlo. La distribución general del tipo no requiere documentación. Algunas veces se encuentran clavitos (lám. IX, fig. 7) junto a las hebillas ovales; han servido para fijar la correa detrás de la hebilla.

Entre las hebillas con placas, la variedad más corriente es alargada y en general lisa o decorada con círculos grabados (lám. IX, figs. 1 y 3). La placa puede llevar una costilla transversal (lám. IX, fig. 2), lo que da ocasión a mencionar una especie de forma algo diferente (lám. IX, fig. 4) encontrada en Francia e Italia. Aunque la placa sencilla (lám. IX, fig. 1) parece particular a la península, lo menos más común que en otra parte, no puede negarse la afinición general a placas de cementerios francos y longobardos; por eso está incluida en el grupo que tratamos. La placa alargada aparece en España de buen tiempo, por ejemplo, en los cementerios de Carpio de Tajo y Herrera de Pisuegra, atribuidos en general al siglo VI. No se ha dado una serie tipológica, y en particular no se conocen los principios del tipo; quizá deriva de pequeñas placas casi triangulares romanas de época baja. Será ocasión de volver a esta cuestión más tarde.

Otras placas triangulares (lám. IX, fig. 8) aparecen más comunes fuera de España, y puede ser que hayan sido importadas todas, o por lo menos parte. En Herrera de Pisuegra no se ha encontrado más que una (sep. 15); en Carpio de Tajo ninguna, pero varias en Pamplona. La distribución debe ser característica. Pamplona ha dado más tipos francos por ejemplo, placas trapezoidales (lám. IX, fig. 5), únicas en la península, dependientes de prototipos franceses. Es preciso referir a un tipo bien representado en la Francia del Sur, placas grabadas de bronce estañado (lám. IX, fig. 9), que han sido deno-

minadas visigodas por Barrière-Flavy; la estadística es contraria a esta denominación, y la cronología permite decir que las placas estañadas son posteriores a la caída del reino de Tolosa (507), aunque frecuentes en los territorios dominados hasta entonces por los visigodos.

Placas caladas existen en España, Francia, Alemania e Italia, pero no en los países escandinavos. Parece permitido pensar en una filiación romana; piezas caladas estaban en boga también en época baja. Se distinguen grupitos bien hispánicos por detalles de ornamento (lám. X, fig. 5), conocido de las provincias de Cuenca, Guadalajara, Navarra y Soria; entre ellos el motivo del arco de herradura (lám. X, fig. 6), conocido en las provincias de Guadalajara, Murcia, Segovia y Soria. Otras piezas son tan idénticas a placas extranjeras, que el origen común se impone; es difícil dar una idea sobre la patria de tales tipos. Ciertas placas caladas pertenecen al grupo bizantino (véase pág. 152).

Algunas de las placas figuradas son caladas también, pero es más conveniente registrarlas junto a las demás placas de dicho grupo figurado. La adoración de los Magos (lám. XI, fig. 1) es una cosa excepcional; entre todos los hallazgos germánicos la escena no es repetida más que en dos fibulas discoïdes, una suiza y otra renana, pero de estilo diferente. La pieza española pertenece, por razones estilísticas, al grupo «burgúndico» caracterizado por la representación de Daniel entre los leones; es muy raro encontrar otro motivo bíblico. Nuestra pieza debe ser importada de Francia. Daniel y las bestias, en pie y amenazantes, se ven en otra placa (lám. XI, fig. 2) grabada, no calada, que difiere mucho del estilo «burgúndico». Se comprende bien que las escenas bíblicas han sido imitadas independientemente en ambos lados de los Pirineos.

Entre otros motivos que no son discutidos en este sumario aparece el cazador matando al león (lám. XI, fig. 5), tipo muy romano y al parecer no imitado en Francia ni en Alemania, lo que justifica que volvamos a la pieza más tarde. Al contrario, caballos alados, descendientes de prototipos romano-orientales, han gozado de popularidad en la región del Ródano y hasta más al Norte y Nordeste. No sabemos por qué los germanos han preferido figuras tan extrañas; quizá les han dado más significación de la que suponemos. Parece más original la fuente con dos caballos alados bebiendo (lám. XII, fig. 2); el motivo vuelve más rudo (lám. XII, fig. 3), y un artesano hábil suprime un animal para alargar el otro hasta llenar la placa (lám. XII, fig. 4). Es una solución muy apropiada al estilo contemporáneo, que no aspiraba a la forma naturalística, sino a la geometrización; no debemos juzgarlo del punto de vista de un naturalista. El animal vuelve más y más fantástico, perdiendo lo que caracteriza al caballo y desarrollando un pico curvo mezclado con el rudimento de la fuente dividida, que se ve mejor en paralelos franceses, por ejemplo (lám. XII, fig. 1). La menor parte de las piezas españolas poseen peculiaridades que excluyen el origen forastero, pero se tratan aquí por la afinidad general del motivo. En materia de cronología, es de notar que Carpio de Tajo y Herrera de Pisuerga (a lo menos la parte publicada) carecen de placas figura-



das y confirman la evidencia lograda fuera de España que tales tipos pertenecen al siglo VII. Sería interesante conocer el inventario exacto de Palazuelos, donde había ejemplares de este grupo.

B) FÍBULAS

La mayoría de las fibulas de arco han entrado en el capítulo dedicado al elemento visigodo. Recordamos un tipo ostrogodo-franco (lám. IV, fig. 5) que viene de fuera, y añadimos otra variación (lám. IV, fig. 6). Los botones de esta fibula son muy parecidos a los de otra fibula con pie recto (lámina IV, fig. 4), forastera sin duda. Hay gran número de paralelos en los países del Reno, en los territorios francos, alamanes y más allá. Los ejemplares, muy raros en España, dan testimonio con otros tipos del intercambio entre los países germánicos.

Lo mismo vale, si vemos bien, para el caso de las fibulas discoides con pedrería (lám. VIII, fig. 1), más frecuentes en Alemania e Italia; pero puede ser que piezas importadas han sido imitadas en los talleres hispánicos. La escasez del tipo no facilita llegar a una explicación segura. Una fibula redonda del Museo de Berlín (lám. VIII, fig. 2) es adscrita a Tarragona, cosa poco probable y discutido *in extenso* en *Grabfunde*, etc. Ciertas pequeñas fibulas redondas de Carpio de Tajo y de Palazuelos parecen deducirse del tipo mayor, pero lo conocido no es mucho.

C) DISCOS ADAMASQUINADOS

Es extraño encontrar pocas obras de esta clase en España, estando esta técnica en boga en gran parte del reino merovingico, y menos en Italia. La tradición de los talleres ibéricos, que han creado productos tan hermosos, no se ha conservado hasta el tiempo de las migraciones. Con excepción de algunos bocados atribuidos al período visigodo, quedan unos discos, probablemente de los arreos (lám. VIII, fig. 6). Objetos parecidos ocurren en los países del Reno, y puede ser que las piezas españolas o provienen de invasiones francas o del intercambio, cuyos indicios ya han sido mencionados. Objetos adamasquinados parecen muy raros en el Sur de Francia, pero en esta región no conocemos tantos cementerios cuantos en el Norte.

VII.—ELEMENTO BIZANTINO

En el reino de Justiniano I (527-565) el imperio de Bizancio ha recuperado gran parte del Occidente, el Norte de Africa, Italia y el Sur de España, mantenida en parte hasta el siglo VII. No es de desatender el que la España goda

debe influencias estimulantes a los herederos de la tradición romana. El monumento incomparable de la fusión godo-bizantina es el tesoro de Guarrazar. No es posible estimarlo adecuadamente en breves líneas, y tenemos que reservarlo a estudios más detallados. En este capítulo nos limitamos a exponer indicios más modestos, pero no menos significativos, del intercambio godo-bizantino. Basta mencionar que los autores contemporáneos, por desgracia muy escasos, dan otros testimonios suplementarios, relatando, por ejemplo, viajes de españoles a la capital del imperio y la importación de seda del Oriente.

A) HEBILLAS Y PLACAS

Comenzamos por algunos tipos seguramente importados, como testimonian la escasez en España y la aparición en territorios bizantinos o vecinos al imperio. Hay que citar una placa calada (lám. X, fig. 2), que difiere de las placas caladas tratadas arriba (pág. 150); una pieza paralela proviene de la Crimea. Las placas de forma de escudito (lám. X, fig. 3) aparecen en Italia y más al Oriente; son raras en cementerios de Alemania, e indican siempre relaciones con Bizancio. La forma de escudito puede ser variada (lám. X, fig. 4), y no faltan paralelos bizantinos. La figura en la placa citada es una esfinge, creación clásica legada a los talleres bizantinos. Las placas cruciformes (lámina XI, figs. 3 y 4) tienen distribución mediterránea; si no proceden directamente de talleres bizantinos son imitaciones. El caso excepcional de una inscripción de poseedor (se lee *Trasemundus*) merece atención particular; el nombre es bien godo, la escritura no menos romana; en verdad, la pieza modesta significa la fusión de los elementos, que ha sido efectuada en el curso del tiempo.

El grupo más importante de filiación bizantina es caracterizado por zarcillos ornamentales, motivos del arte clásico y postclásico, es decir, bizantino. No podemos entrar en la discusión sobre la patria de los zarcillos y la evolución de ellos; sólo indicamos la línea de los zarcillos helenísticos, a los que figuran en telas coptas y en otros productos contemporáneos. Renunciamos a disolver los elementos que se han unido a formar el arte bizantino y a separar los estilos diferentes de las provincias del imperio. Como la influencia tratada en este capítulo viene lo menos por mediación bizantina, no importa mucho detenerse en digresiones genéricas, muy problemáticas y casi insolubles con el material que tenemos a mano.

Hay varias clases de placas con zarcillos ornamentales, que serán tratadas una por otra. Importante es hacer constar que la clase más rica depende de un tipo de placa indudablemente bizantino, caracterizado por un esquema liraforme que se ve en una pequeña pieza de Egipto, combinado con un monograma bizantino (lám. XIII, fig. 2) bien significativo. Prescindiendo de paralelos encontrados en Hungría, donde prototipos bizantinos han ejercido mucha influencia, salimos de una placa de lámina de oro dicha de Italia (lám. XIII, figura 1). La mayor parte de la placa está cubierta por un esquema liraforme.

El ornamento es repujado; así se explica el relieve bien saliente. Volviendo a una placa española de bronce fundido (lám. XIII, fig. 3), el hecho de conexión se impone; los ribetes fuertes no son otra cosa que imitaciones de ribetes repujados, el esquema es el mismo y el ornamento vegetal es conforme con la teoría de origen que hemos pronunciado. El esquema se varía; el ornamento, al principio bien inteligible (lám. XIII, fig. 4), vuelve a ser simplificado (lám. XIII, figura 5) y hasta reemplazado por semiglobos (lám. XIII, fig. 6), y a veces por discos (lám. XIII, fig. 7); al final poco queda del prototipo. Una placa portuguesa ha conservado el esquema (lám. XIII, fig. 8), pero el ornamento difiere del todo: concha y delfines, un grupo bien clásico, imitado en el estilo algo tosco del tiempo, que ha llevado la influencia bizantina a la península.

Habiendo seguido la evolución tipológica del esquema liraforme en una dirección, damos la vuelta para salir otra vez del tipo español (lám. XIII, fig. 3) que hemos puesto en relación con la pieza dicha de Italia (lám. XIII, fig. 1). Si se aplica el principio de la división simétrica de la placa, llegamos a resultados como el ejemplo de Albelda (Soria) (lám. XIV, fig. 1); fíjese en la línea que divide la pieza y que es interrumpida por un par de cuadritos en forma de ala. La simetría se completa cuando la línea de división está marcada por un ribete saliente (lám. XIV, fig. 2); los cuadritos centrales pierden la forma de ala, y todos se cubren con elementos de zarcillos más o menos distintos. Las piezas más hermosas se distinguen por simetría perfecta y ornamento bien conservado; dan testimonio de talleres hispánicos capaces de crear un tipo satisfactorio, aun adoptando formas forasteras. Es lícito atribuirlo al arte peninsular, dada la ausencia del tipo simétrico, no sólo en los cementerios de los francos y otros germanos, sino en los países bizantinos. Aquellos talleres no merecen la denominación de «visigodos» en sentido étnico; no hay ni rudimentos de tradición goda en los productos que vamos a describir, ni detalles que indiquen afinidad alguna. Los zarcillos son a veces adornados por círculos incisos, ornamento común en fibulas y hebillas (cfr. lám. IV, fig. 1 y lámina IX, fig. 3), pero mal apropiado a la decoración vegetal. Los círculos pueden ser puestos de tal manera que producen la impresión de cabezas de aves aún toscas. En general, no es cuestión de cabezas de aves; pero piezas descubiertas en los últimos años parecen llevar cabecitas de verdad. Hasta concediéndolo todo, no se ofrece ninguna relación con las cabezas de aves del estilo «godo» (lám. IV, fig. 5). Los talleres donde ha sido creado el tipo simétrico de las placas con zarcillos manifiestan más afinidad con el arte ibero-romano que con el arte visigodo propio; sólo por razón de trabajar en tierra visigoda y para el uso de los visigodos (y de los sujetos romanos de ellos) pueden llamarse visigodos.

Es difícil creer que las variedades del tipo simétrico sean productos de los mismos talleres. La simetría perfecta es destruida muy pronto; el cuadrito terminal adopta la forma de riñón (lám. XIV, fig. 3), los zarcillos degeneran y los ribetes son decorados con perlas fundidas. El centro puede ser cubierto por dos o cuatro medallones (lám. XIV, fig. 4); los cuadritos terminales de tales piezas prefieren forma tripartita. No se conocen más que cuatro ejempla-

res, de los cuales tres vienen de las provincias orientales (Cuenca, Lérida, Teruel), y el otro es de localidad incierta; es probable que el taller correspondiente ha de buscarse en la misma región. La variedad con medallones no gana influencia sobre la evolución del tipo «asimétrico» mencionado arriba (lám. XIV, fig. 3); éste quita la línea de división del cuadrado delantero (lám. XV, fig. 3) y hasta del centro (lám. XV, fig. 5), cambiando la impresión general profundamente. Ahora dos caminos se abren: geometrización y ornamento lineal (lám. XV, fig. 4), o decoración por semiglobitos (lám. XV, fig. 6). Los productos de la evolución difieren mucho de los prototipos, y afinidad alguna no se estimaría probable sin los vínculos que encadenan los comienzos de la serie al fin. La degeneración del ornamento es completa, mientras la forma de placa se conserva mejor. No será error presumir que la pérdida de la decoración vegetal es causada por la falta de comprensión de parte de los que han imitado el modelo forastero, lo que indica la ausencia de tradición bizantina en los talleres. La predilección de motivos geométricos, globitos, etc., recuerda las tendencias del arte ibérico e ibero-romano, por ejemplo, las estelas funerarias de la región de Burgos. Tendremos que volver a estas observaciones en el último capítulo; por el momento mencionamos que entre las variedades del grupo hay piezas con cruces cristianas (lám. XV, figura 2). Al fin una nota técnica: las hebillas propias llevan dos corchetes que se fijan entre corchetes correspondientes de la placa por medio de un herrete transversal (lám. XIV, fig. 4). Es una peculiaridad de los productos bizantinos y de las imitaciones de ellos, modesta, pero significativa.

El esquema liraforme aparece en Francia raras veces, y la derivación simétrica hace falta, con una excepción; se ha encontrado una placa del tipo bien avanzado en el departamento de Vaucluse (lám. XV, fig. 1). No cabe duda de que es una pieza exportada de España.

El grupo segundo de las placas con zarcillos ornamentales no es del mismo tamaño, sino más pequeño. No es posible decidir si las diferencias del tamaño se explican por diferente uso. La placa puede ser cubierta por un zarcillo con semipalmetas insertadas (lám. XV, fig. 7) o por dos semipalmetas opuestas, quedando poco del zarcillo (lám. XV, fig. 9). Se manifiesta la misma degeneración como en las placas del tipo simétrico; los elementos se disuelven (lám. XV, figs. 8 y 10) y pueden ser reemplazados por grabados geométricos (lám. XVI, fig. 2). No se conoce más que una pieza en Francia (lám. XVI, figura 3); el carácter peninsular del grupo es evidente. Es muy extraño que motivos vegetales muy parecidos hayan sido usados por los avaros para la decoración de vainas de correa contemporáneas a las placas españolas. Algunos sabios prefieren pensar en tradición helenística recibida por los avaros en Asia y vuelta en el tiempo de las migraciones; pero cierta influencia bizantina no puede ser negada. El hecho de estas relaciones que se manifiestan en países tan distantes merece atención.

Es difícil acertar de qué manera el zarcillo ha llegado a la función decorativa común en las placas. Quizá una pieza, hoy de paradero desconocido, pero publicada (lám. XVI, fig. 1), sirve para explicarlo. El zarcillo marginal

parece más apropiado que los trozos en otras piezas (lám. XV, fig. 7); da la impresión de un ribete, y es probable que el motivo mismo ha sido tomado de telas importadas del Oriente. Una vez imitado en metal, la propagación del zarcillo era cosa sencilla. El diseño, que ha sido hecho hace más de treinta años, parece tomar las palmetas con círculos grabados por cabezas de aves, probablemente sin razón.

El estudio del grupo que tratamos es entorpecido por la ausencia de tales piezas en los cementerios bien investigados. La placa de Albelda (lám. XIV, figura 1) ha sido la única pieza descubierta en la excavación metódica de un grupo de sepulturas; es permitido suponer que el cementerio pequeño pertenece a la misma época, en la cual ha sido abandonada la costumbre antigua de enterrar con ajuar. Nos referimos a la teoría propuesta antes de que hay cierta relación entre la abolición de la costumbre tradicional y la romanización y conversión de los visigodos; esta teoría es bien compatible con la ausencia de tipos tardíos, por ejemplo, del siglo VII, en Carpio de Tajo, donde se han encontrado sólo dos variedades de las placas (lám. XIII, fig. 4 y lám. XV, fig. 7), ambas con incisiones muy sencillas y sin zarcillos (seps. 171 y 196). Los hallazgos citados son testimonios seguros de que la infiltración de los prototipos bizantinos ha comenzado en tiempo de Carpio de Tajo, y que talleres locales ya han imitado los modelos de manera muy tosca. Hay que guardarse del prejuicio de que la fecha de tales imitaciones deba ser muy posterior a los modelos. Si un tipo importado llega a manos de artesanos indígenas de tradición del todo diferente, la variación puede ser rápida y profunda. Es una regla necesaria, pero a veces olvidada, no identificar tipología y cronología. Según el estado de nuestros conocimientos, sepulturas con placas del grupo que tratamos no son de esperar en gran número, pero es posible que excavaciones futuras corrijan las teorías avanzadas de hoy.

Habiendo discutido los dos primeros grupos decorados con zarcillos en extenso, podemos ahora ser más breves. Hay pocos ejemplares de un tercer grupo, caracterizado por rombos y semipalmetas alternos (lám. XVI, fig. 4). La decoración puede ser variada por líneas más o menos ondulantes (lám. XVI, figura 5). La impresión general permite unir estas placas a las precedentes. Una variedad extraordinaria ha sido encontrada en Navarra (lám. XVI, fig. 6). Se deduce del tipo descrito, pero las semipalmetas son desfiguradas, y por tendencias geométricas se ha exagerado el rombo central de una manera bien correspondiente a descendientes de los iberos.

B) ADORNOS VARIOS

El depósito de Villafáfila (Zamora) ha contenido tres cruces de lámina de oro (lám. VII, fig. 4), destinadas a fijarse en vestidos como símbolo salutarífico. No es preciso demostrar que es una costumbre cristiana, probablemente muy popular en los países mediterráneos; por azar lo conocemos mejor en las regiones donde se enterraban los muertos vestidos; por ejemplo, en Italia. Los

longobardos han propagado estos amuletos en los países al Norte de los Alpes. Hay unos ejemplares de sepulturas coptas, no atribuibles a germanos. Es de suponer que la mayoría de las sepulturas longobardas con cruces pertenecen al siglo VII; cuando ocuparon Italia eran paganos, y la adopción de la religión y de costumbres cristianas no se ha hecho de un día al otro. Como inventarios del siglo VII son muy raros entre los conocidos hasta ahora en España, no es extraño que falten cruces de lámina de oro en los cementerios visigodos.

Por la misma razón, otros hallazgos comparables a los de las sepulturas longobardas son raros. Una pequeña placa de lámina de oro, procedente de Daganzo de Arriba (lám. II), es parecida a los ornamentos de vainas de puñal longobardas; algunas sortijas, en particular las de la sepultura 25 de Herrera de Pisuerga (lám. II, fig. 3), recuerdan tipos que aparecen en Italia. Atribuir las al grupo bizantino parece más razonable que considerarlas como invención de artesanos longobardos; los invasores de Italia, sucesores de los generales de Justiniano, se han aprovechado de las industrias del país, que deben haber sido estimuladas por las comunicaciones orientales. No es fácil decidirse si hay que atribuir sortijas del tipo figurado al siglo VII; sería importante para segregarse lo menos algunas sepulturas más tardías del resto. Las fibulas, muy degeneradas, de la sepultura 25 de Herrera de Pisuerga permiten pensar más en época menos antigua que la placa correspondiente sin duda a la segunda mitad del siglo VI. Quizá nuevos resultados de excavaciones darán testimonios decisivos.

VIII.—ELEMENTOS ROMANOS E IBERO-ROMANOS

Los visigodos han combatido en España como federados del imperio romano cuando entraron por la primera vez. La decadencia del poder imperial les dió la oportunidad de enseñorearse de la mayor parte de la península poco a poco; después de la derrota sufrida por los francos se establecieron al Sur de los Pirineos en cierto número. Los conquistadores tuvieron que luchar contra enemigos indígenas y extranjeros hasta la caída del reino de Toledo. Parece poco probable que un pueblo de inmigrantes guerreros obligados a la defensa de la conquista tenga que ahorrar manos para trabajar en los talleres mientras haya suficiente gente sujeta para satisfacer los deseos de la clase dominante. Por eso se ha dirigido la atención del lector varias veces a los indicios de mano de obra indígena, es decir, ibero-romana. Vamos a insistir sobre ellos en breve.

En primer lugar, la evolución de ciertos tipos germánicos parece tan peculiar que requiere como explicación la teoría de la ingerencia de un elemento no germánico. Las fibulas de los países germánicos son innumerables, pero en ninguna parte se repite una degeneración comparable a la del tipo de las láminas III y IV, figuras 1 y 3. No hay piezas de comparación más que en dis-

tritos periféricos, por ejemplo, en los países balcánicos, donde tipos germánicos han sido imitados en talleres no germánicos. En los demás reinos germánicos la *Tierornamentik* (ornamentación animal) propia florece, pero no aparece en España; los rudimentos ocasionales, por ejemplo, los picos (lám. V, fig. 1) son copiados de manera mecánica, y la genuina *Tierornamentik* falta del todo. Tendencias geométricas son evidentes en las fíbulas y en las placas, en particular en las con zarcillos ornamentales que van a ser reemplazados en el curso de la evolución. El proceso descrito arriba (página 145) no puede explicarse por paralelos germánicos, pero recuerda reminiscencias del estilo geométrico de los iberos. Un prototipo bizantino llega a variarse de manera tan sorprendente que la influencia de elementos conservadores no puede pasar inadvertida (lám. XVI, fig. 6).

La existencia de talleres hispánicos desde los tiempos romanos es indudable; pero hay más indicios indirectos, como los expuestos arriba, que directos. El siglo v es un período demasiado oscuro. El autor se ha esforzado a analizar los inventarios ibero-romanos de este período, y resulta que hay varios grupos de cementerios, entre ellos uno en el Sur, representado por Marugán y Brácana (Granada), y otro en el centro de la península, con Taniñe y Suellacabras (Soria). El inventario del grupo central incluye un objeto enigmático (lámina VIII, fig. 5), del que han sido encontradas unas docenas (11). No pretendiendo una explicación del tipo, limitámonos a referir a la tradición romana evidente en el estilo. En los cementerios del Sur, los aretes son característicos (lám. VIII, fig. 3); algunos ejemplares procedentes de Carpio de Tajo demuestran que el tipo ha persistido hasta la época visigoda. Son testimonios modestos, pero interesantes, dada la escasez del material. Entre los objetos procedentes de las sepulturas de Brácana, Marugán, Suellacabras y Taniñe hay representantes aislados de tipos visigodos, pero nunca fíbulas o placas del grupo característico (véase pág. 149); significa que los cementerios han sido usados en tiempo visigodo también.

Queda citar algunos objetos no incluidos en los grupos precedentes. En una sepultura de Carpio de Tajo ha sido encontrada una placa decorada con un pez. No puede olvidarse que hay dos apliques en forma de pez (lám. VIII, figura 4), una de Brácana, de un conjunto ibero-romano. No parece atrevido pensar en una tradición indígena; se conoce el uso del símbolo del pez en tiempo paleocristiano. Al otro lado la bula es un objeto bien romano; ejemplos en sepulturas visigodas (lám. VII, fig. 3) testimonian que la costumbre ha pasado a los invasores. No es superfluo notar que tales objetos en ajuares visigodos pueden explicarse por la fusión romano-germánica que ha comenzado de buen tiempo; el matrimonio del rey Teudis, marido de una hija de linaje romano, se efectuó decenios antes de la supresión de las leyes contrarias. No insistimos más en las condiciones interesantes que venimos de tocar; basta retener en la memoria que bulas romanas han sido fabricadas en España hasta el siglo vi por lo menos.

Volvamos a lo que hemos dicho de las placas alargadas (lám. IX, fig. 1) (véase pág. 150). Pensamos en un prototipo triangular de fabricación romana,

y nos imaginamos una evolución peninsular saliendo de la estadística que permite localizar en España lo menos un centro de la distribución del tipo. La idea de tradición romana se impone hasta más fuerte en el caso de la fibula cerviforme encontrada en Herrera de Pisuerga (lám. III, fig. 3); fibulas en forma de animales eran corrientes en tiempo romano, y el contorno parece más naturalista de lo que es usual en productos de talleres germánicos. Sin duda es difícil decir mucho sobre piezas tan raras; pero es preciso darles un lugar en el sistema, aunque sea necesario retocar la cuestión después de descubrimientos futuros.

Hemos hablado arriba de las placas figuradas (pág. 150), y repetimos que la caza del león es un tema familiar al arte romano, pero, por razones evidentes, extraño a los pueblos germánicos. El motivo de la placa citada (lám. XI, figura 5) puede tomarse por herencia romana, pero no es imposible pensar en una imitación de modelos bizantinos ya dado el hecho de relaciones con Levante. Sin duda los caballos alados (lám. XII) representan una corriente oriental mezclada quizá con elementos cristianos; por ejemplo, el grupo de Daniel entre los leones. Se comprende que tales tipos bíblicos pueden haberse propagado en época romana aún baja, y el estilo tosco de la placa descrita (lám. XI, figura 2) favorece imaginarse una evolución local saliendo del período anterior a la conquista visigoda.

Quizá será posible separar entonces más distintamente lo que se deriva de la civilización romana, que se presenta muy uniforme en todas las provincias del elemento indígena ibérico. Se ha reconocido que en la época baja las tendencias nacionales iban resurgiendo en todas las regiones. De parte arqueológica es bien significativo encontrar sepulturas de gente armada (Suellacabras y Taniñe), cosa inaudita en los siglos previos. Este hecho evidente suplementa lo que nos refieren las crónicas de los «bacaudas», insurrectos contra la autoridad imperial y los grandes propietarios. Creemos ver un resurgimiento nacional también en las tendencias geométricas, que parecen dirigidas en cierto aspecto hacia los monumentos del estilo ibérico. Una placa como la descrita de Navarra (lám. XVI, fig. 6) carece de paralelos entre los millares de piezas germánicas del mismo tiempo; no es menos extraña al arte bizantino, cuyos motivos son degenerados de manera tan característica. Es difícil sustraerse a la idea que hemos indicado; es decir, el pensar en una manifestación post-ibérica.

IX.—OBSERVACIONES FINALES

Es preciso indicar las consecuencias resultantes de los capítulos previos. Las artes industriales visigodas se han mostrado muy complejas. En los cementerios del siglo VI (por ejemplo, Carpio de Tajo y Herrera de Pisuerga) los elementos visigodo y germánico (es decir, no peculiar a los visigodos) dominan; pero se anuncia una degeneración marcada de los tipos, causada, en nues-

tra opinión, por artesanos no germánicos. El elemento previsigodo no ejerce ninguna influencia, y puede ser desatendido aquí. Al otro lado, las primeras ondas de la corriente bizantina aparecen; gana más y más importancia durante el siglo VII, en que florecen imitaciones peninsulares de prototipos orientales. El elemento indígena, es decir, ibero-romano, se manifiesta en ambos siglos, hasta someter los tipos importados a sus propias tendencias estilísticas.

Vale la pena definir la posición de la industria visigoda en la arqueología de los pueblos germánicos. No es inesperado que las relaciones más íntimas existan entre visigodos y ostrogodos, puesto que eran miembros de un pueblo y fueron aliados políticos en parte de las luchas contemporáneas. Aunque ningún cementerio ostrogodo en Italia haya sido explorado metódicamente, conocemos fíbulas y placas características, a veces prototipos de la evolución visigoda, en todo caso bien afinadas. En Italia la tradición goda se extingue después de la caída del reino de Teodorico (552); pero es mantenido en la Crimea y en el reino de Toledo, incluida la región transpirenaica. En los decenios que siguen los visigodos poseen varios tipos, en particular placas, que ocurren en los cementerios de los francos y de los longobardos; pero faltan los característicos del arte germánico propio, en primer lugar la *Tierornamentik*. El aislamiento peninsular es evidente, y se aumenta por las influencias bizantinas e indígenas. La denominación más apropiada de las artes industriales visigodas del siglo VII sería la de «hispanica»; la hispanización se manifiesta en todas partes: en la unión religiosa y la ingerencia del clero en la política, en las leyes (se permiten matrimonios godo-romanos, prohibidos antes) y, sobre todo, en la preponderancia de la lengua romana. Los documentos arqueológicos que hemos investigado concuerdan bien con la evolución general desarrollada en España; en otras palabras: Arqueología e Historia van conformes.

El estudio más intenso de las artes industriales visigodas ha comenzado hace pocos años. Excavaciones metódicas van aumentando el material, antes muy escaso y adquirido casualmente. Cada necrópolis nueva puede darnos sorpresas. Hasta ahora conocemos mejor las del siglo VI en Castilla, y sería muy importante investigar un cementerio del tipo de Palazuelos, caracterizado por gran número de tipos del siglo VII. Pamplona no permite conclusiones generales, por ser más merovingio que visigodo. La ausencia de cementerios visigodos en Cataluña es extraña; es de esperar que serán descubiertos de un día a otro. En las condiciones actuales un sumario del arte visigodo debe ser provisional, pero no por eso es menos necesario. Incitar a otros a aumentar y corregir el sistema propuesto es también un mérito. Las líneas principales del sumario presente han sido trazadas antes de las excavaciones bien venidas de Herrera de Pisuegra, y han sido confirmadas por ellas. Así esperamos, no sin razón, que se muestren útiles para las investigaciones futuras, que llegarán a resolver problemas hoy aún oscuros.

Queda el grato deber del autor: declararse profundamente agradecido a todos los que han favorecido sus estudios en España en 1928 y 1929. Los catedráticos de Madrid y de Barcelona, los funcionarios de los Museos —en primer lugar la dirección del Museo Arqueológico Nacional—, los propietarios

de colecciones particulares y muchos más interesados en los estudios arqueológicos le han prestado todas las facilidades deseables. Es el deseo del autor ofrecerles los resultados reunidos en su obra mayor, que es el fundamento del sumario presente, como testimonio de agradecimiento de los favores recibidos de parte de los colegas y aficionados españoles.

München, 1 de enero de 1935.

NOTAS

- (1) Hace poco tiempo ha sido descubierta una serie de instrumentos en Vadillo (Soria). Comunicación debida a B. TARACENA.
- (2) El autor renuncia a referencias que se sacan de la bibliografía sin dificultad. En particular, los datos documentados en *Grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich* son empleados libremente.
- (3) Los objetos de Oberflacht son descritos y figurados por WALTHER VEECK, *Die Alamannen in Württemberg*. Berlin und Leipzig, 1931.
- (4) *Amuletos conocidos como «osculatorios» romano-cristianos, de bronce, hallados en España*. Madrid, 1929. Suplemento a la lista de ejemplares en «Grabfunde».
- (5) SAN GREGORIO DE TOUR: *Historia francesa*, t. II, pág. 37 (expulsión de los godos de Angoulême).
- (6) ERNST GAMILLSCHIEG: *Romania germanica*, I, pág. 361. Berlin und Leipzig, 1934.
- (7) ALFRED GOETZE: *Gotische Schnallen*. Berlin, 1913.
- (8) El grupo de los «Keilschnittschnallen» ha sido discutido últimamente por GUSTAV BEHRENS en «Schumacher-Festschrift», pág. 285, squ. Mainz, 1931.
- (9) Breve resumen de la discusión sobre la *Tierornamentik*, por WILHELM VON JENNY, en «Archaeologischer Anzeiger», col. 296, squ., 1934.
- (10) Nos adherimos a la manera tradicional de la figuración de fíbulas, poniendo la placa de resorte arriba y la placa de sujetador abajo, aunque resulte de las excavaciones del SR. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA que han sido vestidas al revés.
- (11) Véase pág. 144, con nota 4.

DISTRIBUCION DE LAS PIEZAS FIGURADAS

- Lámina I, figura 1.—En posesión de D. Juan José Cabret, Madrid.
 — 2.—En posesión de la excelentísima señora condesa viuda del Sacro Imperio Romano, doña Julia de Tejada, San Sebastián.
 — 3.—Museo Arqueológico Nacional.
 — 4.—Musée de la Société Archéologique de Montpellier.
- Lámina II, figura 1.—Museo Arqueológico Nacional.
 — 2.—Idem id.
 — 3.—Idem id.
 — 4.—Idem id.
- Lámina III, figura 1.—Idem id.
 — 2.—Idem id.
 — 3.—Idem id.
 — 4.—Idem id.

- Lámina IV, figura 1.—En posesión de D. Evencio López, Burgos.
 — 2.—Museo Arqueológico Nacional.
 — 3.—Lámina I, figura 1.
 — 4.—Museo Arqueológico Provincial, Soria.
 — 5.—Museo Arqueológico Nacional.
 — 6.—En el Colegio de Calatrava, Salamanca.
- Lámina V, figura 1.—Museo Arqueológico Nacional.
 — 2.—Idem id.
 — 3.—Idem id.
 — 4.—En posesión de D. Saturnino Fernández Godín, Daganzo de Arriba.
- Lámina VI, figura 1.—Staatliches Museum für Vor-und Frühgeschichte, Berlín.
 — 2.—Lámina I, figura 1.
 — 3.—Lámina IV, figura 4.
 — 4.—Lámina VI, figura 1.
 — 5.—Lámina I, figura 1.
- Lámina VII, figura 1.—Museo Arqueológico Nacional.
 — 2.—Idem id.
 — 3.—Idem id.
 — 4.—Museo de Bellas Artes, Zamora.
- Lámina VIII, figura 1.—Museo Arqueológico Nacional.
 — 2.—Lámina VI, figura 1.
 — 3.—Museo Arqueológico Provincial, Granada.
 — 4.—En posesión del excelentísimo señor conde de Guadiana, Granada.
 — 5.—Museo Arqueológico, Mérida.
 — 6.—En posesión del Excmo. Sr. D. Manuel Gómez Moreno, Madrid.
- Lámina IX, figura 1.—Lámina I, figura 1.
 — 2.—Museo Arqueológico Nacional.
 — 3.—Idem id.
 — 4.—Lámina VIII, figura 3.
 — 5.—Museo Artístico e Histórico de Navarra, Pamplona.
 — 6.—Museu da Comissão dos Trabalhos Geologicos, Lisboa.
 — 7.—En posesión de D. Joaquín Ortiz, Málaga.
 — 8.—Lámina IX, figura 5.
 — 9.—Musée Archéologique de Toulouse.
- Lámina X, figura 1.—British Museum, London.
 — 2.—En posesión de la Sociedad General Azucarera de España, Madrid.
 — 3.—Museo Arqueológico Nacional.
 — 4.—Museos de Arte y Arqueología, Barcelona.
 — 5.—Lámina I, figura 1.
 — 6.—Lámina I, figura 1.
- Lámina XI, figura 1.—Museu Episcopal, Vich.
 — 2.—Lámina VI, figura 1.
 — 3.—Lámina XI, figura 1.
 — 4.—Lámina VI, figura 1.
 — 5.—Museo Arqueológico Nacional.

- Lámina XII, figura 1.—Musée Archéologique de Narbonne.
— 2.—Institut d'Estudis Catalans, Secció Prehistòrica, Barcelona.
— 3.—Museo Arqueológico Nacional.
— 4.—Idem id.
- Lámina XIII, figura 1.—Lámina VI, figura 1.
— 2.—Lámina X, figura 1.
— 3.—Lámina X, figura 1.
— 4.—Museo Arqueológico Nacional.
— 5.—Lámina XI, figura 1.
— 6.—Museo Arqueológico Nacional.
— 7.—Lámina XI, figura 1.
— 8.—Museu Etnológico Português, Lisboa-Belem.
- Lámina XIV, figura 1.—Museo Arqueológico Nacional.
— 2.—Idem id.
— 3.—En posesión del Sr. G. Steffens, Hamburgo.
— 4.—En posesión de D. Miguel Martí Esteve, Valencia.
- Lámina XV, figura 1.—Musée Archéologique de Avignon.
— 2.—En el Colegio del Pilar, Madrid.
— 3.—Lámina XIII, figura 8.
— 4.—Museo Arqueológico Provincial, León.
— 5.—Lámina IV, figura 2.
— 6.—¿Perdido?
— 7.—Museo Arqueológico Nacional.
— 8.—En posesión de D. Luciano Huidobro Serna, Burgos.
— 9.—En posesión del Sr. C. W. Heiss, Madrid.
— 10.—Lámina, XI, figura 1.
- Lámina XVI, figura 1.—¿Perdido?
— 2.—Museu da Associação dos Arqueólogos Portugueses, Lisboa.
— 3.—Lámina XII, figura 1.
— 4.—Museo Arqueológico Nacional.
— 5.—Deutsches Museum, Berlín.
— 6.—Lámina IX, figura 5.